



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 39. — Madrid 25 de Julio de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.  
MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.  
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.  
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.  
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.  
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por X. — Crónica, por D. Damián Isern. — Desahogos, por Blas. — La mujer de Navarra, por D. Francisco Navarro Villoslada. — El Estio, por D. Eduardo Saavedra. — Un fruto de caridad. — Soneto, por D. José Selgas. — Los grabados. — A vuelo de pluma, por D. Fernando de la Vera é Isla. — Maria de Goes. — Revista de conocimientos útiles. — Advertencias. — Fero-glífico. — Anuncios.

GRABADOS. — Exterior de la iglesia y convento de San Felipe el Real en Madrid. — Aplicación del calor solar. — El Estio y el renacimiento de los insectos.

REVISTA



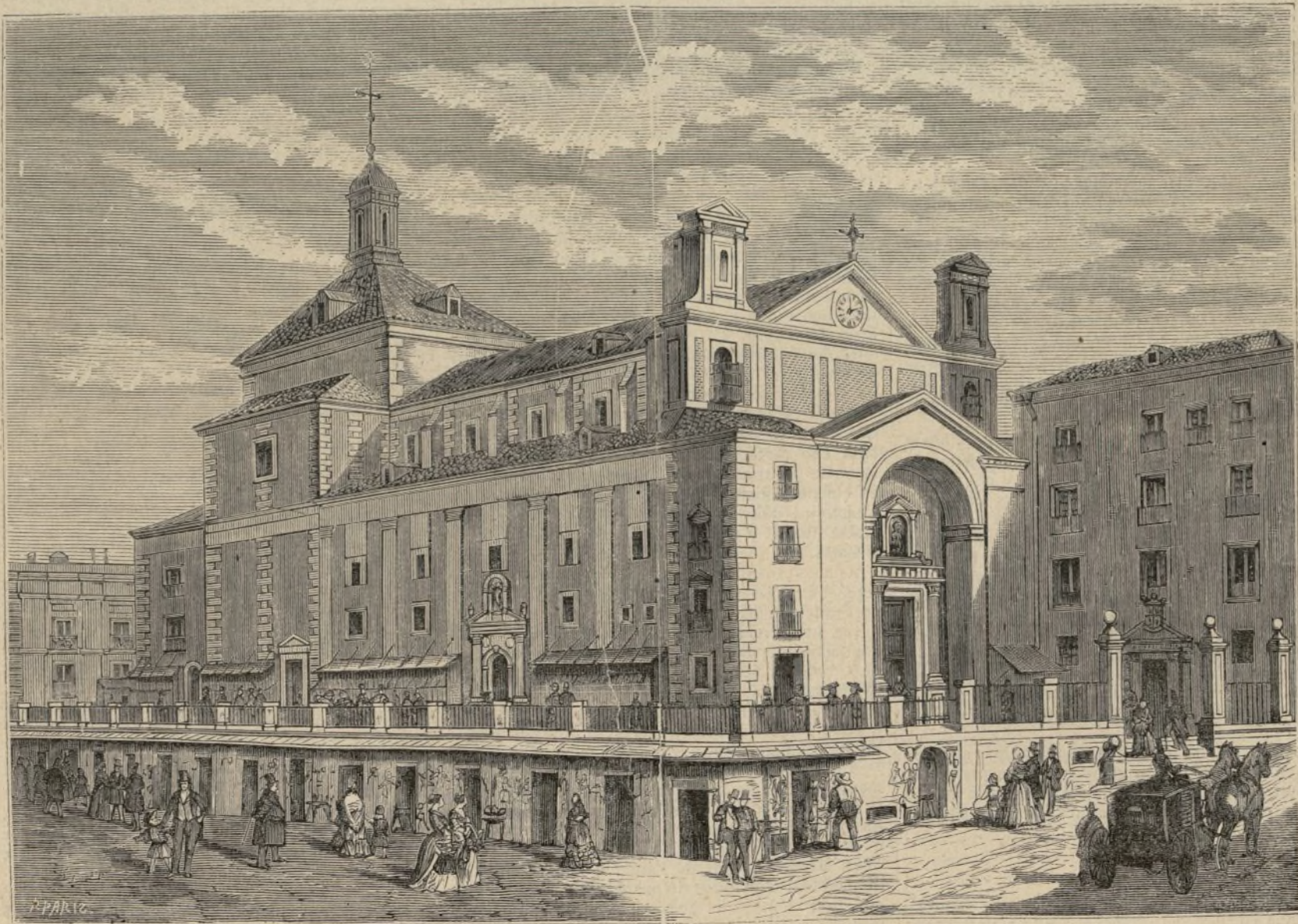
MADRID está desierto ó poco menos. Apenas circulan coches por sus inmensas calles; apenas se ven aristocráticas damas en sus paseos. Las casas de los ricos están cerradas; las de los pobres tienen un letrero en blanco, en el que sin embargo se lee: « Este cuarto se alquila. »

Trabajo inútil el de los caseros. En estos meses no queda en Madrid quien pueda alquilar un cuarto. Los pobres que aquí quedan ¿ cómo han de tener

unero para mudarse de casa, si no lo tienen para alajar? Porque debe saberse que, á pesar de todo, son poquísimos los que se quedan en Madrid en este tiempo porque les da la gana.

¿ Por qué emigra de Madrid tanta gente? ¿ Por ventura son menos ardientes los rayos del sol que caen sobre otros pueblos, no excluyendo al mismísimo San Sebastián, donde se halla reunida actualmente la flor y nata de la buena sociedad madrileña, que herida por los primeros calores de Junio se desbanda para reunirse de nuevo en aquellas admirables costas del mar Cantábrico?

HAZAÑAS DEL MODERNO VANDALISMO.



EXTERIOR DE LA IGLESIA Y CONVENTO DE SAN FELIPE EL REAL.

Edificado en el siglo XVI y destruido en el XIX.

Ayuntamiento de Madrid

Comprendemos que huiera de Madrid otros años, pues al fin y al cabo era entonces esta capital un horno de fuego avivado todos los días, durante algunas horas, por un viento abrasador como el simoom de los desiertos; pero ¿sucede actualmente algo de esto?

No ciertamente. El máximo de la temperatura no ha pasado hasta ahora de 30 grados de calor, que no es por cierto un calor insoportable, ni muchísimo menos, y en la madrugada y en las primeras horas de la noche se disfruta de una agradable temperatura que oscila entre 14 y 20 grados. Es decir, que con corta diferencia tenemos aquí la misma temperatura que en San Sebastián, sin que se tomen á exageración nuestras palabras.

¡Pero quién resiste al imperio avasallador de la moda! ¿Quién queda en la Corte que tenga recursos para emigrar, si no á San Sebastián, al vecino pueblo de Vallecas, no favorecido ciertamente con grandes bellezas de la naturaleza, ni menos caluroso que esta Corte cuando esta Corte es calurosa de veras! ¡Ah! Si no emigraran más que los que tienen recursos para hacerlo, menos mal todavía! El caso es que emigran los que pueden, y muchísimos que no pueden hacerlo.

De la mayor parte de estas emigraciones, sólo sacan provecho en realidad las casas de préstamos. El cuerpo pierde con las privaciones del invierno lo que pudo ganar, si lo ganó, con la vida de campo que hizo durante el verano. El alma... digámoslo con franqueza: el alma de la inmensa mayoría de los emigrantes no es muy cristiana y pura, cuando sucede que los pueblos del Norte más visitados en esta época por los madrileños, son cabalmente los más corrompidos.

¡Triste condición la condición humana! La sociedad moderna que se subleva contra todo lo que le parece tiranía, que tan á menudo se rebela contra Dios y contra su Iglesia, se somete con alegría á los caprichos de la moda.

De ella puede decirse perfectamente, que en el pecado lleva la penitencia.

El cólera causa estragos de consideración en todo el Egipto superior, donde mueren diariamente de seiscientos á ochocientas personas. El foco principal del terrible contagio se ha trasladado de Damietta al Cairo, donde fallecieron anteayer 427 personas.

Empiezan á comprender los ingleses, aunque tarde, lo criminal de su conducta pasada, y aconsejan al khedive que forme una Junta superior de Sanidad, en la que, dicho sea de paso, se reservan los primeros puestos, y que tome precauciones que debieran haberse tomado el primer día.

A pesar de las precauciones tomadas, Europa no está tranquila. Teme verse asaltada de un momento á otro por el terrible contagio. Pero por esto no deja de divertirse, ni de rendir tributo á los placeres del mundo, como podría hacerlo un mahometano. De todo se acuerda menos de pedir á Dios que la libre de la plaga asoladora que la amenaza.

Se ha dicho que el terrible contagio ha puesto la planta en este antiguo continente, causando algunas víctimas en Trieste y en Palma de Mallorca. Los Gobiernos y la prensa diaria se han apresurado á desmentir la noticia, como si realmente temieran que fuese cierta.

No sabemos qué ha sucedido en Trieste. Pero sí sabemos, que en Palma de Mallorca ha fallecido una persona recién llegada de Cetta, y que la población se ha alarmado; que dos ó tres mil personas han salido de la ciudad; que se han adoptado precauciones y medidas extraordinarias en la casa y con la casa del difunto, y que el pueblo ha dado en decir que dicha persona ha fallecido del cólera.

¿Es esto último exacto? No debe serlo cuando el Gobierno lo desmiente. Lo que no puede desmentir sin ponerse en contradicción con lo que en Palma saben todos, es que ha habido allí alarma á causa de la defunción indicada, y además, que de esta alarma ha participado la colonia mallorquina de aquí, á causa de las cartas recibidas, de personas allegadas, en no pocos casos.

Sin perjuicio de adoptar las medidas que aconsejen á los Gobiernos la prudencia y la experiencia de los doctos, acudan los pueblos á los pies de los altares y pidan al Altísimo que les libre del terrible azote.

¡Gracias á Dios que el Ayuntamiento de Madrid se ocupa en algo de provecho! En su última sesión ha tratado de dar forma á un proyecto altamente beneficioso para el pueblo. Se trata de crear en los alrededores de esta corte extensos bosques y jardi-

nes, como los que existen en otras capitales de importancia.

Por supuesto, lo mejor hubiera sido que no se hubieran destruido los magníficos bosques y arboledas que habían conservado nuestros antepasados, más previsores y amantes del bien público que las presentes generaciones.

No faltó quien se enriqueciera con los despojos de aquellos bosques y arboledas.

Velen los encargados de hacerlo, para que en la creación de los nuevos bosques y jardines no suceda algo de lo que, según voz pública, sucede ó ha sucedido en muchas cosas de las que del municipio dependen.

El Sr. Marqués de Urquijo, alcalde Presidente, ha dado, para llevar á cabo este proyecto, 60.000 pesetas de su bolsillo particular.

Si le imitasen en su desprendimiento otros capitalistas y banqueros, tan beneficioso proyecto sería un hecho en breve.

Y Madrid ganaría no poco en ello.

Los liberales han dicho y repetido, siempre que han tenido ocasión para ello, que «los males de la prensa deben ser curados por la prensa misma».

Y sin embargo, cuando pueden los curan á garrotazos.

Testigo el Sr. Sagasta cuando organizó la Partida de la Porra; testigos los gobernadores de Tarragona y de Palma de Mallorca cuando apalearon á varios periodistas por faltas que no se atrevieron á hacer castigar por la ley.

Buena prueba es, también de ello, lo que acaba de suceder en esta Corte.

Un diario democrático denunció días pasados ciertas irregularidades ocurridas, según decía, en una Casa de Socorro.

El concejal aludido no acudió á la prensa en defensa de su honra, ni aun á los tribunales de justicia. Confió la justificación á su garrote.

Y buscó y encontró al periodista, autor del suelto publicado por el diario democrático aludido, y en el Jardín del Buen Retiro le abrió la cabeza á garrotazos, y se marchó tan tranquilo á su casa, como si nada hubiese pasado.

Hay quien sólo ve en este hecho un accidente de la lucha que en el seno de la corporación municipal sostienen los amigos y los adversarios del señor Abascal.

Seguramente el herido verá en ello algo más. Y también, esperémoslo así, los tribunales de justicia.

## CRÓNICA



La Providencia parece haber oído las paces de la Francia legitimista: el señor Conde de Chambord, representante de la Casa Real de Francia, ha mejorado notablemente en su enfermedad, si bien, según el dictamen médico, no está todavía por completo fuera de peligro.

El Dr. Vulpíán, que desde París corrió á Frohsdorf para visitar al augusto enfermo, ha declarado que en el estómago de Enrique V no hay cáncer alguno.

Puede juzgarse de la mejoría obtenida, sabiendo que el día de San Enrique pudo el Sr. Conde oír Misa con perfecta devoción en su gabinete, y por la tarde ser trasladado al comedor para presenciar el convite íntimo con que la Sra. Condesa de Chambord quiso obsequiar á los secretarios de su ilustre esposo y á los realistas que han acudido á visitarle.

Esta enfermedad que tanto ha preocupado á Europa entera, ha servido para despertar notablemente en Francia el espíritu monárquico.

Las Juntas realistas habían decidido celebrar con banquetes populares, antes de la enfermedad del Sr. Conde, la fiesta de San Enrique en París y en los departamentos. Conocida la gravedad del estado del augusto enfermo, acordaron suspender los banquetes, y hacer celebrar en su lugar Misas en todas las iglesias para pedir á Dios la curación del Rey.

A esas Misas acudió en todas partes un gentío inmenso. Todas las fracciones del partido legitimista se mostraron en esta ocasión unidas, y unánimes pidieron al cielo que salve la vida del Rey, si conviene á los intereses de la Iglesia y de la patria.

En algunas iglesias de París fué tal el concurso de pueblo á estos actos de piedad y de amor patrio, que buen número de personas conocidas públicamente por sus opiniones legitimistas no pudieron penetrar en los sagrados recintos. Hacía muchos años que no se había visto una manifestación tan espléndida de fe monárquica en Francia.

Se comprende la alegría que, después de la emoción que el estado gravísimo del augusto enfermo causó en Francia, han producido y producen los telegramas anunciando la mejoría. ¡Pueda recibirse en breve el telegrama oficial en que los médicos declaren al Sr. Conde de Chambord fuera ya de todo peligro!

Más graves peligros que los que ha corrido en Francia la representación monárquica, corren en Bélgica y en Portugal los que tienen actualmente esta representación en las esferas del poder, de hecho en el vecino reino, por el consentimiento voluntario de la nación entre los belgas.

En las Cámaras de Portugal como en las de Bélgica, han estado ó están sobre el tapete proyectos más ó menos francos ó más ó menos vergonzantes de reforma constitucional.

En Portugal la reforma parece que habrá de limitarse á un determinado número de puntos. Se democratizará la Cámara de los Pares, y se pondrán algunas nuevas trabas al ejercicio del poder real.

Mira la proyectada reforma en Bélgica á dar mayor participación al pueblo en el ejercicio del poder público; á extender, en una palabra, el derecho de sufragio electoral en materias políticas al mayor número posible de ciudadanos.

Lo mismo en Lisboa que en Bruselas, los iniciadores de este movimiento han declarado, sin ambages ni rodeos, que lo que se proponen con ellas es simplemente abrir la puerta á nuevas y más trascendentes reformas, que terminen en su primer período por convertir en república hecha y derecha lo que todavía lleva el nombre glorioso de monarquía.

Todo hombre de buen sentido, no enterado de la ceguera que padecen los Reyes modernos, creería que los Reyes de Portugal y de Bélgica luchan con sus respectivos Gobiernos contra este espíritu reformador.

Los Monarcas de los indicados reinos se ocupan poco en esta clase de asuntos, desprovistos como están, en cierto modo, de toda influencia directa en la marcha de la política. Cuanto á los Gobiernos, ¿qué han de hacer de serio en favor de la monarquía los que la sirven sólo como forma de gobierno existente; los que, según han declarado, están plenamente convencidos de que la República es la forma de gobierno de lo porvenir!

Sus principios y doctrinas les inclinan, á mayor abundamiento, á una forma que deja mayor libertad para la acción del mal y del error, como menos conservadora que es.

También en Francia gana terreno el movimiento que han iniciado los hombres de la extrema izquierda en la opinión republicana en favor de la reforma constitucional. No sólo se han adherido ya á este pensamiento toda la extrema izquierda y la izquierda radical, sino también toda la unión republicana del Senado.

Se sabía que los antiguos gambettistas se presentaron á sus electores en las últimas elecciones legislativas con la revisión constitucional escrita en su bandera. Pero como después se han opuesto á esta revisión cuantas veces se ha hablado de ella, declarándola inoportuna, no ha dejado de producir sensación la noticia de que la unión republicana ha acordado adherirse á la Liga revisionista organizada con grande éxito hasta ahora por los Clemenceau y los Pelletan.

En Octubre, la junta de la Liga revisionista de París va á emprender la organización de una serie de conferencias en los departamentos para hacer propaganda de sus ideas. Espera preparar de tal modo la opinión republicana por este procedimiento, que cuando vengan las nuevas elecciones no salga un solo candidato republicano de las urnas que no haya ofrecido votar en las Cámaras la reforma constitucional.

Por supuesto, no hay medio hasta aquí de que estos revisionistas se pongan de acuerdo sobre el alcance y los términos de la revisión.

Apártese la vista de la política, cuando se quiera recobrar la tranquilidad y la paz que hacen perder la lucha de los partidos, y aun el espectáculo de esta lucha cuando el espectador no puede ver con indiferencia el malestar de las naciones.

Mientras en los Estados modernos los partidos se destruyen con sin igual encarnizamiento, la Iglesia, por medio de sus misioneros, lucha en la inmensas selvas de América, en los arenales sin término de África, en las regiones en otros tiempos florecientes

de Asia, para extender con las verdades de la fe el imperio de la civilización.

Y alcanza tan graves resultados en América, que se han formado últimamente los necesarios expedientes para constituir cuatro nuevas diócesis en los Estados Unidos de la América del Norte y tres en la América del Sur, sin contar los nuevos vicariatos apostólicos que habrán de fundarse en la Patagonia, donde se multiplica prodigiosamente el número de indígenas que abrazan la fe de Cristo.

En Buenos Aires acaba de establecerse una Asociación Católica de laicos, cuya acción se encamina principalmente a favorecer la de la Iglesia en todo y por todo.

Gracias á los esfuerzos de esta Asociación, se espera conseguir que el Gobierno del general Roca, que á pesar de ser liberal se esfuerza cuanto puede por aparecer católico y por no disgustar á los católicos que constituyen la inmensa mayoría de la nación, dispense su protección á los misioneros en mayor escala que lo ha hecho hasta ahora, á fin de que pueda ser en breve la Patagonia un centro de verdadera unidad católica.

No contribuirán poco á este resultado los esfuerzos que se propone hacer la Asociación Católica de Buenos Aires para reunir á los misioneros cuantos recursos materiales necesiten para hacer doblemente eficaz su obra de propaganda salvadora.

¡Y qué no pueden los católicos de Buenos Aires, tan ricos de fe como de tesoros materiales!

..

El cólera está diezmando las poblaciones de algunas ciudades de Egipto, y amenaza extenderse como tempestad asoladora por todo aquel antiquísimo reino.

Después de haber caído sobre Egipto los ingleses, ahora le ha visitado el cólera! Muchos y graves pecados deben de haber cometido los egipcios para que Dios así les castigue. Y adviértase que si grave castigo es para un pueblo la epidemia indicada, no lo es sin duda menos el caer bajo la dominación de los ingleses, de esos cartagineses de la época moderna, más egoístas y utilitarios que los que fueron destruidos por Roma.

En realidad, la invasión del cólera ha sido para los egipcios una consecuencia de estar dominados por los ingleses. Estos subordinaron á sus conveniencias y á sus intereses la salud pública de los egipcios. Antes que la salud pública, dijeron, está el interés del comercio.

Y obligaron á los dependientes del khedive á admitir á libre plática en Damietta á un buque procedente de uno de los puertos de Asia en que el cólera es enfermedad permanente.

Aún ahora, sacrifican la salud pública de su reino á los intereses del comercio, habiendo obligado á los Gobiernos de Europa á sujetar á observación las procedencias de los puertos de la Gran Bretaña.

Todos estos males han producido y están produciendo accidentalmente un gran bien.

En Egipto faltan tantos médicos como sobran en España, y apenas los hay en las poblaciones de segundo orden. Además, no pocos de estos médicos y los pastores protestantes de Damietta, el Cairo y Alejandría se han apresurado á emigrar tan pronto como el vivir en dichas poblaciones ha sido un peligro.

Sólo los religiosos y religiosas católicas no han abandonado un momento su puesto de honor; antes bien se han multiplicado prodigiosamente, y han arrancado á la muerte no pocas víctimas.

Los diarios protestantes de Londres reconocen que esto da á los religiosos católicos de Egipto un inmenso prestigio, lo mismo sobre la población musulmana que sobre la cristiana.

..

Nuestra Señora de Lourdes ha sido visitada últimamente en su glorioso santuario por numerosas peregrinaciones de España y del extranjero, distinguiéndose entre las primeras la catalana y la mallorquina, compuesta cada una de ellas de setecientas personas.

Ultimamente han ido á Lourdes más de sesenta mil peregrinos franceses é italianos principalmente.

El día 17 tuvo lugar en las inmediaciones de aquel santuario una importante ceremonia. Se hallaban presentes la friolera de treinta mil peregrinos, ochocientos sacerdotes y diez y siete Obispos.

Era el día señalado para colocar la primera piedra de una nueva iglesia, de la iglesia del Santo Rosario. León XIII había delegado su representación en el Venerable Sr. Cardenal Arzobispo de Tolosa.

Empezó el acto con un elocuentísimo sermón del Rdo. Sr. Obispo de Nîmes, y terminó con una magnífica alocución del anciano Arzobispo de Albi.

Reinaba en todos los corazones la más pura alegría, que se trocó en entusiasmo cuando después de haber orado en la basílica de Nuestra Señora bajaron en procesión, con velas encendidas, pueblo y clero á visitar la gruta.

Jamás se ha visto en Lourdes, donde tantos espectáculos de esta clase se ven, un espectáculo igual. El murmullo del Tarbes quedaba como ahogado y dominado por las voces de treinta mil peregrinos que elevaban al cielo sus plegarias.

D. ISERN.

## DESAHOGOS



VIVIMOS en la época de las transacciones y de las hipocresías.

Pero cuando creemos transigir con las debilidades ajenas, no hacemos más que entrar en acomodamiento con las propias.

Y cuando creemos engañar á los demás, nos engañamos á nosotros mismos.

Todos, considerados individualmente, somos buenos cristianos; pero oímos con amable indiferencia, si no ya con benévola sonrisa, al que, en la reunión que frecuentamos, hace gracioso alarde de ingenio para ridiculizar á la Religión ó á sus ministros.

Todos rendimos culto á la moral y abominamos el vicio; pero escuchamos sin protesta, cuando no con involuntaria fruición, las crónicas escandalosas, los episodios libertinescos y las malévolas retencias que se relatan á presencia nuestra.

Todos tenemos fe en un ideal político, todos profesamos principios que consideramos los únicos salvadores de la patria; pero no tenemos el valor de nuestras convicciones para salir á su defensa cuando los vemos negados ó escarnecidos por cualquier Meternich con chichonera.

A esto se llama tolerancia, buen sentido, flexibilidad de carácter, conveniencias sociales...

No se figuran ustedes, seguramente, que este preámbulo lo he escrito para venir á hablar del cólera-morbo-asiático.

Pues sí, señores, para hablar de esa enfermedad asoladora, he empezado diciendo que vivimos de hipocresías.

Todos, *aprensivos é inaprensivos*, tememos la posible visita del huésped del Ganges; todos, fuertes y pusilánimes, nos preocupamos de ese asunto; todos pensamos muchas veces al día en ese azote de la humanidad, y todos buscamos con ansia los telegramas de Egipto para satisfacer la terrible curiosidad, que es el verdadero síntoma de nuestro miedo.

Y aquí entra la hipocresía: todos rehuimos hablar ó hacer hablar á los demás del cólera; todos censuramos al que se atreve á hablar del cólera, aunque sea para pedir ó aconsejar medidas preventivas.

Nos figuramos que con poner un cordón sanitario á las noticias de la epidemia, como se pone á los lugares infestados por la enfermedad, logramos sustraernos á sus efectos.

Hacemos lo que ciertos pájaros que al ver al cazador, en lugar de tomar precauciones para evitar su alcance, se acurrucan entre el ramaje y meten la cabeza bajo el ala. Con esto se creen salvados.

No quiero decir, al expresarme así, que se deba hacer ridículo alarde de indiferentismo, ni que se eche á burla y chacota lo que se refiere á un asunto tan serio.

Al contrario, debemos temerle, como se temen los grandes cataclismos de la naturaleza.

Debemos arrostrarle con respetuosa entereza y aceptarle con viril resignación, como se aceptan los juicios del Altísimo.

Debemos, si llega el caso, sufrir sus consecuencias sin impotente rebeldía y con severo espíritu de humildad, como se sufre el castigo de un Juez Supremo que jamás se equivoca en sus fallos, por duros que parezcan.

Debemos, en fin, refugiarnos en la fe cristiana, que es el mejor escudo contra las asechanzas del miedo, auxiliar el más poderoso de todas las epidemias, y atrincherarnos en la oración, que es la cadena de oro que pone á la criatura en inmediato contacto con el Creador.

Y como estos preservativos morales no excluyen, antes bien imponen, el empleo de los preservativos higiénicos, debemos poner todos los medios humanos para atajar la invasión primero y para combatir después sus resultados, si Dios dispone que el cólera se presente entre nosotros...

Insensiblemente me he ido metiendo en un terreno que no es el mío, porque si bien me proponía hablar del cólera-morbo-asiático, era tan sólo para desahogarme de cierto humorcillo bilioso (y tal

vez poco cristiano) que me anda escarabajando por el cuerpo, desde que he leído en los periódicos que los señores ingleses se resisten á adoptar las únicas precauciones que la experiencia sanciona para impedir la trasmisión de la epidemia.

He dicho *únicas*, porque desgraciadamente la ciencia no ha dicho la última palabra... ni tan sólo la primera, respecto al cólera. Pero mientras los sabios se ponen de acuerdo sobre lo más rudimentario de una enfermedad, cual es su causa y los agentes que la determinan, y como no podemos perder el tiempo en oírles discutir seriamente si el cólera asiático es producido por un veneno que reside en el aire, ó por unos animalillos que se desarrollan en nuestro organismo, ó por un desequilibrio en la cantidad del fluido eléctrico que contiene la atmósfera, ó por esto y lo otro y lo de más allá; tenemos, con mucho sentimiento nuestro, que descender del soberbio santuario de la ciencia, para meternos de rondón en los prosaicos calabazares del empirismo. ¡Qué lástima que la ciencia sea tan ignorante!

Y el empirismo nos enseña que el único remedio para evitar la invasión del mal, ó siquiera para retardarlo, consiste en aislar cuanto sea posible los puntos infestados. Para ello se han adoptado los cordones sanitarios, y principalmente las cuarentenas, la observación, los lazaretos, las fumigaciones, etc., etc., para los buques, que, según la experiencia ha acreditado, son los propagadores más seguros de la epidemia.

Así lo han establecido todas las naciones de Europa, y así se ha puesto en práctica en la ocasión presente. Pero la Europa, cuando se armaba contra la invasión de esta epidemia extraordinaria, no contaba con que sus previsores esfuerzos se estrellarían contra otra epidemia ordinaria que reina constantemente en su seno: contra la *epidemia-Inglatera*.

El Reino Unido ha sido de tiempo inmemorial, es y seguirá siendo una epidemia, en el orden moral, para los demás pueblos de Europa, hasta que todos ellos se pongan de acuerdo para aislar ese foco de corrupción.

Inglatera no tiene más que una religión, el positivismo; no tiene más que un ideal, el comercio; no tiene más que un pensamiento, la dominación universal; no tiene más que un templo, la *City*.

Sin embargo, no puede decirse que es atea, porque tiene un Dios: el dinero.

Todo lo que directa ó indirectamente se oponga á estas aspiraciones, á estas creencias, á estas bases fundamentales de su organismo social, lo combatirá con su influencia, con su política, con su maquiavélismo ó con sus cañones.

Inglatera no podía consentir en que se paralizase su comercio con esas trabas anticuadas y ridículas.

Para todo buen inglés *el tiempo es oro*, y todo buen inglés es buen calculista, y todo buen calculista sabe perfectamente lo que una cuarentena vale, en cantidad negativa, para el tráfico mercantil. Tres, seis, quince días de estancamiento en la circulación de esa sangre que nutre el comercio británico, representan algunos miles de libras esterlinas... ¿Dónde iríamos á parar?

Así, pues, ¡abajo el tratado sanitario que había impedido durante muchos años que el cólera-morbo-asiático franquease las barreras donde originariamente se contiene! ¡Abajo las cuarentenas y las medidas preventivas que pueden conducir á atajar el mal en su camino!

Después de todo, la pérdida de algunos millares de individuos, que si no se mueren ahora del cólera, se morirán más adelante de pulmonía, de meningitis aguda, del tífus ó de viruela, no significan gran cosa para Inglaterra, que ha sabido sacrificar miles y miles de hombres para abrir nuevos mercados á sus productos, ó para cerrar otros mercados á los productos ajenos.

La nación que, invocando sentimientos de humanidad, ha perseguido en los mares á cañonazos la trata de negros, esa misma nación humanitaria es la que ha obligado á cañonazos á los chinos á que la compren el opio con que se enervan, se embrutece y se suicidan.

Esto parecería un contrasentido en cualquier otro pueblo menos *ilustrado*; pero se explica perfectamente en el pueblo inglés. La trata de negros perjudica, siquiera sea indirectamente, á los intereses comerciales de la Gran-Bretaña, al paso que la trata del opio favorece con enormes cantidades á esos mismos intereses, aunque perjudique á los intereses de la humanidad.

Ese carácter de *mercachifle* (según la frase gráfica del difunto Gonzalo Morón) que distingue á la nación británica, la llevaría hasta el extremo de hacer la *trata de cólericos* para todo el continente, si cualquier Academia médica de Londres publicase una Memoria demostrando que el agua del Támesis,

tomada á todo pasto, curaba el 60 por 100 de los atacados de la epidemia.

No hace mucho tiempo he leído una especie de imprecación poética escrita por un portugués. En la portada del folleto se ve una alegoría terrible: representa á Portugal, personificado en Prometeo, á quien Inglaterra, bajo la forma del buitre mitológico, devora las entrañas. El título del poema debería ser el grito guerrero de todos los pueblos de Europa: *Delenda est Albion!*

Sí; llegará el día en que todas las naciones, espoleadas por el instinto de la conservación, que es tan poderoso en los pueblos como en los individuos, organicen un *Congreso de Sanidad moral*, y, como he dicho más arriba, adopten severas precauciones y establezcan un cordón sanitario internacional para aislarse de la *peste inglesa*.

Temo dejarme llevar demasiado de mis antipatías, y reconozco que acaso me he extralimitado ya al hablar (en sentido de colectividad) de los ingleses.

Dejo, pues, la pluma; pero antes de hacerlo, no puedo resistir á la tentación de recordar lo que un escritor de nuestros tiempos (al menos de los míos) decía de esos insulares:

«...Incendarios en España, déspotas en Irlanda, verdugos en la India, envenenadores en la China, piratas en Tolón y en Copenhague.»

BLAS.

## LA MUJER DE NAVARRA



RA yo cuasi niño todavía, cuando un hermosísimo día de otoño salí de Viana al amanecer, acompañando á un sacerdote que iba á decir Misa en la ermita de Nuestra Señora de Cuevas, antiguo santuario, distante de la ciudad menos de media legua, y pintorescamente escondido entre los olmos de un riachuelo y los frutales de algunos huertos, al pie de suaves colinas, cubiertas de grama, tomillo, viñedos y olivares.

Celebrábase aquel día la fiesta de la Virgen, la romería de la ermita, y la gente de la comarca había de poblar más tarde templo y riberas, huertos, prados y colinas. Pero á la hora en que llegamos, la ermita estaba aún solitaria, cual de costumbre, y á excepción de la pequeña campana que el ermitaño hacía voltear con furia, nada indicaba la algazara y bizarría en que algunas horas después había de hervir aquel desierto.

Ayudé á Misa al Sacerdote, y vueltos él y yo á la sacristía, quitóse casulla y manípulo, y con alba y estola salió á la puerta que daba á la pradera, echando resposos y esparciendo agua bendita con el hisopo, como si bendijese los campos que delante de la fachada principal se extienden hasta el Ebro.

Concluida esta pia ceremonia, y después de haber dado gracias el celebrante, subimos juntos al cuarto del ermitaño, que nos tenía preparadas sendas jicaras de chocolate, orladas de pan y bizcochos, con agua en limpios vasos de cristal, y una bandeja de bolados.

Durante el desayuno pregunté al Sacerdote por qué había salido fuera del santuario á rezar resposos, á lo cual, con grave y sosegado acento, me respondió:

«Hace más de ocho siglos, ésta que hoy ves humilde ermita, la mayor parte del año solitaria, era nada menos que iglesia parroquial de un pueblo de Navarra que ya no existe, y que entonces, tendido por estos collados y praderas, alegre y afanoso, cual si nunca hubiera de perecer, la circundaba. El átrio de la parroquia, según costumbre de aquellos tiempos, conservada aún en muchas aldeas de los Pirineos, servía de Campo-Santo. He salido, pues, á bendecir á los muertos en el mismo suelo en que yacían, y á dirigir por ellos preces al Dios de toda misericordia; porque es bueno que ántes de que los vivos vengán á triscar y bailar sobre los pueblos que han pasado, haya alguien que se acuerde de las almas que sobreviven á los cuerpos, sepulcros y ciudades.»

Muchacho y todo como yo era, las palabras del Sacerdote navarro debieron de hacerme honda impresión. Lo conocí después en las muchas veces que me he visto arrebatado en alas de la imaginación á semejante escena, deleitándome en reflexionar sobre ella.

Pensando en esto, he vuelto en diferentes épocas de mi vida al santuario de la Virgen de Cuevas. El edificio, aunque recompuesto, descubre en el ábside algunos trozos de la parte superior, vestigios de su primitiva arquitectura románica, que precedió á la mal llamada gótica; pero ya no conserva ningún otro indicio de su venerable antigüedad. Quizá al ser reconstruido ha cambiado hasta de titular; porque

el templo, hoy dedicado al culto de Nuestra Señora, debió de ser primitivamente consagrado á San Andrés, apóstol. Del cementerio no ha quedado nada: ni lápidas, ni sepulcros, ni inscripciones, ni siquiera huesos. De la población, nada tampoco; ni siquiera ruinas. Las que se ven á cierta distancia pertenecen á un convento de templarios, posterior al pueblo de San Andrés de Cuevas. De éste, ni una mala piedra que indique vivienda ó monumento: solo campos... *Ubi Troja fuit*. En los libros apenas se hallará memoria de tan poco famoso lugar. Pero de este lugar olvidado, de este cementerio que ha desaparecido, de los huesos ya convertidos en polvo, que los vientos esparcen ó las aguas arrastran al fondo de los mares, se acuerda todavía el Sacerdote, y se acuerda, debemos decirlo, la ciudad que se engrandeció con los despojos de un lugar abandonado, el pueblo que heredó la iglesia del pueblo extinguido, y que la festeja por lo menos una vez al año, y tiene quien bendiga lo que fué cementerio, y al polvo á que han quedado reducidos los huesos de sus antepasados.

Porque yo lo he visto después: si entonces, como niño, me sorprendió la noticia de que en aquellos prados, huertos y alamedas se alzaba en siglos remotos una población, no hay persona medianamente ilustrada en la ciudad que ignore su existencia: de manera que de padres á hijos se va transmitiendo y perpetuando la memoria de un hecho, que sólo repiten hoy los ecos de aquellos templos y campiñas.

Tal es la provincia cuyas mujeres tenemos el encargo de describir, y á quienes mal pudiéramos comprender si no nos remontáramos al orden de ideas á que tan naturalmente nos elevan las palabras de aquel Sacerdote, después de los resposos ofrecidos á Dios en sufragio de almas que vivieron en poblaciones de que apenas hay memoria, después de aquel rocío de agua bendita que liga siglos á siglos, tiempos olvidados con tiempos futuros, misterios de la tradición con misterios de lo porvenir.

Estamos en un pueblo donde son leyes las costumbres, y donde el uso y la ley arraigan en lo inmemorial: pueblo, por consiguiente, donde la mujer, que tiene siempre real y legítima influencia en toda tierra cristiana, ha de reinar con soberano influjo, como depositaria y guardadora en el hogar doméstico del arca santa de la tradición, tesoro popular de amor y fe, rico patrimonio de todas las generaciones.

En el corto perímetro del antiguo Reino de Navarra podemos observar diversos climas, desde las nieves casi eternas de los picos próximos al Pirineo central, hasta los secos y abrasados páramos de la Solana y la Rivera. Hay en esta superficie montañas de primer orden, pelados riscos, llanuras feracísimas y amenas, valles profundos siempre cultivados, y selvas que recuerdan tiempos no lejanos del diluvio; pinares y hayedos, albergue de osos y jabalíes, y sotos, olivares y viñedos de riquísimo fruto. Por tan variados y opuestos paisajes han cruzado razas no menos distintas y contrarias: los euskaros, ó sea los aborígenes, cuya procedencia y peregrinación es uno de los enigmas indecifrables de la historia; los celtas, que viniendo de las Galias se unieron en Aragón á los iberos; los visigodos, raza también hiperbórea, con quien Navarra sostuvo guerra tres siglos, y por último, los árabes y bereberes africanos, que también dominaron por algún tiempo aquella parte del territorio que menos podía esquivar la coyunda. Pero ni los accidentes topográficos, ni la variedad de climas, ni la consiguiente confusión de sangre, han podido alterar el fondo de lo que constituye el tipo de la mujer navarra, siempre igual, á juzgar por la tradición y las escasas noticias que nos han dejado los escritores griegos y romanos.

Poco, en efecto, nos dicen éstos de las mujeres de Vasconia, nombre con el cual se designaba entonces la región que en la Edad media comenzó á llamarse Navarra. Los paganos apenas daban importancia á la mujer, y no es de extrañar, por lo tanto, que sólo al hablar de las costumbres de cántabros y vascones, nos refieran por incidencia algo de lo que á nosotros principalmente nos interesa en el presente artículo. Sabemos de esta manera que las mujeres llevaban vestidos floridos y brillantes, que contrastaban con el traje oscuro ó completamente negro de los hombres; sabemos, y esto es más interesante, que las mujeres mismas hilaban y tejían la lana, y fabricaban las telas, dándolas con el tinte y el bordado tal variedad y viveza de colores, que alcanzaron fama europea.

Otro contraste no menos singular: el antiguo vascon, ágil, robusto, de tez morena y rizada cabellera, llevábala tendida por los hombros, desdeñando, como sus vecinos los francos, toda defensa para la cabeza, aun en tien pos de guerra y al entrar en combate. Las mujeres solteras, por el contrario, usaban el cabello corto, cubriéndose con tocas de

color, al revés de las casadas, que dejaban caer sus trenzas por la espalda y se tocaban de blanco. De esta costumbre de cortarse el cabello la soltera, le vino el nombre de *motza*, que tiene la doble significación de *mosa* y *mocha* en castellano.

Cuéntase también por Estrabon, que los antiguos cántabros vascones adoraban á un cierto Dios innominado (*innominatum quemdam Deum... venerari*), para festejar al cual pasaban la noche del plenilunio bailando y cantando con las respectivas familias á la puerta de sus casas. Jóvenes de ambos sexos cantaban también á coro y danzaban durante los festines de los ancianos y patriarcas de la república.

De aquí se infiere que la mujer vascona era entonces religiosa, alegre y hacendosa, como es hoy la navarra; y si en ésta vemos sobresalir además la altivez y el amor á la libertad é independencia, semejantes cualidades, que han podido desarrollarse á consecuencia de las vicisitudes históricas de este antiquísimo solar, existían como en germen en la primitiva raza ibérica, pobladora de los Pirineos occidentales.

En efecto, sus primeros habitantes fueron los euskaros ó euskaldunas, á quienes nosotros solemos llamar iberos, cántabros, vascos ó vascongados, gente sencilla, culta y pastoril, de suaves costumbres y dulcísimo carácter, que profesaba la religión natural, sin mezcla alguna de idolatría, ni quizá de supersticiones. Así lo prueba, entre otros datos, el monumento vivo de su idioma, cuya raíz no ha podido ni podrá tal vez averiguarse nunca, y en el cual no se halla ningún sabor pagano, al paso que abunda en voces y conceptos del más elevado espiritualismo. Estos primitivos pobladores se extendieron por las cimas y vertientes de los Pirineos occidentales, desde las orillas del Adour á las del Ebro, divididos en siete tribus, la más oriental de las cuales era la vascónica ó navarra.

¿Por qué esos errantes peregrinos, esos emigrantes ibéricos, á quienes algunos autores hacen penetrar en España por Andalucía; por qué teniendo, como tenían, por suya toda la Península, á la sazón tan solo por fieras habitada, desdeñaron feraces campiñas y pingües riberas, los amenos vergeles en que la fantasía de los griegos colocó más tarde el jardín de las Hespérides, y se acogieron á la sombra y aspeza de los Pirineos, para cultivar los cuales tuvieron que principiar abrasando vírgenes é impenetrables selvas, produciendo los famosos incendios históricos que han dado á toda la cordillera el nombre helénico de Pirene, que aún conserva?

¿Por qué?

No encuentro satisfactoria explicación á tan singular fenómeno, sino en el fiero amor de nuestros aborígenes á la independencia. Aquellos hombres, no tan apartados como nosotros del primer hombre, conocieron con mejor instinto que en la dulzura y regalo de las campiñas se enervan pronto el vigor del cuerpo y la energía del espíritu, viniendo en pos de la molición la aborrecida esclavitud: Siempre las montañas han sido baluarte de la libertad, refugio de corazones sencillos, enteros y generosos.

Hé aquí cómo la altivez, el valor, el carácter independiente y áspero, hasta cierto punto, de la mujer navarra, existían en el fondo de la vascona. Pero estas cualidades, como hemos dicho, hubieron de ponerse después más en relieve.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Se continuará.)

## EL ESTÍO

RENACIMIENTO DE LOS INSECTOS



A sed que atormenta los labios, el pegajoso sudor que inunda el cuerpo, el sopor invencible que de los miembros se apodera, y la impresión desagradable con que anuncian su presencia las emanaciones fétidas, representan al vivo la mísera existencia á que está condenado en el verano el afanado habitante de las ciudades populosas. Un poeta tan antiguo como poco conocido, San Eugenio III, arzobispo de Toledo, hizo exacta pintura de ello en esta estrofa de su oda titulada *De incommotis aestivi temporis*.

Nunc siti ora lacerat anhele,  
Febre tabescunt moribunda membra,  
Corpora sudor, madinaus et ora  
Foetidat nuda.

Y no hablemos de salir al campo: allí con los rayos del sol perpendiculares á la superficie de la tierra, ciegan los pobres labriegos, desfallecen los caminantes.

Y se abrazan de sed los segadores.

SELGAS.

O si más tarde se contempla la tierra con su pálida vestidura de rastrojo, parece que no se tiende la mirada sino

Sobre la árida tumba del estío.

CIENTRUEGOS.

Pero en realidad, es injusto, es inexacto acusar al estío de sequedad y avidez absolutas, pues si bien es cierto que los fértiles bancales, despojados ya de su abundoso grano, parecen triste yermo cuando aguardan en necesario descanso la próxima siembra, no por eso se ha de creer que la inacción veraniega se extiende á toda la naturaleza. Entre los diversos seres que el calor vigoriza, ocupan lugar preferente los menos considerados, los más humildes, *los insectos*.

El estudio y contemplación de tan diminutos animales es tan digno de atención por parte del hombre científico, como para la del simple aficionado á las cosas materiales, cuya imaginación se complace en las admirables armonías que la creación presenta por todas partes. Necesario es también un esfuerzo para olvidar el sentimiento repulsivo que inspira la idea del insecto á quien no se economizan los epítetos de vil, despreciable, rastrero y asqueroso. Justificadas están estas ideas en el habitante de la estrecha vivienda donde pululan en abundancia las moscas impertinentes y las negruzcas curianas, en cuyo lecho rasgan su piel las pulgas de acerada trompa ó las pestíferas chinches, mientras el mosquito vigilante se encarga de quitarle el sueño con su incómodo zumbido y su caústica picadura. Este distinto género de estivales molestias describe nuestro santo poeta en esta otra estrofa no menos gráfica que la primera:

Musca nunc saevit, piceaque blatta  
Et pulex mordax, olidusque cimex,  
Luctus et nocte vigilare culex  
Corpora pungit.

Peró salgamos al campo, entremos en fresco y sombrío bosque, y allí la naturaleza libre y sin trabas nos ofrecerá vistoso cuadro de maravillas dispuestas á toda hora para encantar el ánimo del hombre observador y reflexivo. El militar, el labrador, el ingeniero, que interrumpiendo sus marchas ó sus tareas en la mayor fuerza del sol, hayan pasado algunas horas de siesta al amparo de la frondosidad de una arboleda, no habrán podido menos de fijar su mirada una ú otra vez en el espectáculo admirable que en el rigor del Estío ofrece la vida en sus formas variadas hasta lo infinito. En el silencio profundo producido en aquellas soledades por el descanso de sus compañeros, no habrán dejado de notar cierto rumor confuso que, como vago fondo de armonía, se deja sentir unido al murmullo de las corrientes aguas, ó alternando con la suave voz de la brisa al correr por entre el vestido ramaje. ¿Quién no dirá entonces con nuestro insigne fabulista:

Murmuran por lo bajo,  
Zumbando en voces roncás,  
El zángano, la avispa,  
El tábano y la mosca?

Esos y otros cien insectos pueblan el aire, la tierra y el agua, llenando vistosamente un cuadro cuyo marco se puede imaginar formado por fuertes tramos y delicadas ramas. Esta idea ha inspirado felizmente el lápiz de Gobin en la lámina que en este número verán los lectores de nuestro periódico, como animado compendio de la actividad vital que el Estío infunde en el pequeño mundo de los animales invertebrados.

Aquí tropezamos, sin quererlo, con una voz de índole científica; pero no se asuste el lector ni la lectora por esta ú otras que vayamos empleando, pues son todas facilísimas de entender con sólo tomarse el trabajo de explicarlas: se llaman invertebrados, como su nombre indica, todos aquellos animales que carecen de esqueleto interior, es decir, que no tienen vértebra. Este carácter negativo no se considera hoy bastante para reunir en su grupo todos los animales á quienes conviene; así es que se han subdividido en tres grandes agrupaciones independientes entre sí, una de las cuales, llamada *tipo de los articulados*, comprende los insectos en cuya apología estamos empeñados. Pero distingamos lo que quiere decir insecto en lenguaje vulgar y en lenguaje científico; porque importa mucho para nuestro actual objeto. Por regla general se puede decir que se llama vulgarmente insecto todo lo que los naturalistas llaman articulado (exceptuando los crustáceos ó cangrejos); y tiene este nombre, porque su cuerpo se compone de varios anillos unidos entre sí, con distribución diversa y de consistencia coriácea, dentro de los cuales se encuentran todas las vísceras como guardadas en su estuche. Fórmase así un esqueleto interior que sirve de piel al mismo tiempo, por lo cual se le da el nombre técnico *dermato-esque-*

*leto*. Pero los naturalistas no dan tanta extensión al nombre de insecto, y no parece sino que se han esforzado en separar de la clase los animales que por su aspecto ó condiciones nos inspiran más repugnancia. Esa larga, estrecha y deprimida lombriz de tierra, que en un rincón, á la izquierda de la lámina, devora con delicia un campestre ratoncillo, pertenece á la clase de los anélidos, en la cual se comprenden igualmente las útiles sanguijuelas. La organización de las lombrices es tan sencilla y elemental, que presenta curiosos fenómenos de vitalidad. Nada importa que la azada del labrador divida el cuerpo de una lombriz en dos partes: cada una seguirá serpenteando sobre la tierra, y se asegura que poco á poco nace una cabeza á la parte posterior y una extremidad caudal á la anterior, resultando dos lombrices enteras de la que fué primero una sola. Tampoco es insecto, sino *miriápodo*, el repulsivo *cien-pies* (*scelopendra*) que cerca de la lombriz corre presuroso á ocultarse en húmedo escondrijo. Proverbial modelo de desatinos es, sin embargo, el cien-pies, animal de perfecta regularidad y rigurosa simetría. Ni corresponde tampoco á la clase de los insectos, sino de la muy numerosa de los *arácnidos*, ese espeluznante animalito, que teje sus delicadas redes allá arriba, entre un añoso tronco y la ramilla de una zarza. La poética antigüedad fingió una hija de Idmón, compañero de los Argonautas, transformada en araña por haber presumido de bordar en competencia con la misma Minerva. Con sin igual paciencia esperará la araña horas y horas, escondida en un próximo agujero, que un pequeño insecto se enrede en su tela para chuparle la sangre después de haberlo atravesado con su aguijón ponzoñoso. Pero no hay que asustarse por esta palabra ni conservar, respecto á la solitaria tejedora, el horror y el miedo que generalmente inspira. El veneno de la araña puede matar una mosca, hará grave daño en una aveja; pero en una persona no producirá más efecto que una ligera irritación local. ¿No destilan venenos que nada nos asustan las avispas, los mosquitos y otros insectos que dan con ellos pronta muerte á sus pequeños enemigos? Pues no tiene más importancia, por lo general, la picadura de una araña común, por fea y peluda que sea; y aun las tarántulas y alacranes no es cierto que poseen fuerza bastante en nuestro clima para producir la muerte con su picadura.

Descastados de la clase de los *insectos* los animales más repugnantes, aunque muchas veces inofensivos y hasta útiles á la agricultura, no quedan en ella sino los articulados, llamados de aquel modo en las clasificaciones de Historia natural. Tienen éstos, como carácter invariable, el cuerpo dividido (*insectus*) en tres partes, llamados *cabeza, tórax y abdomen*, con tres pares de patas unidas al *tórax*. Las arañas tienen cuatro pares de patas, los miriápodos un número muy crecido de ellas y los anélidos no tienen propiamente ninguna. Los insectos llevan en la cabeza dos cuernecillos que se llaman *antenas*, de las cuales carecen las arañas. Otro carácter especial y exclusivo de los insectos es la metamorfosis, ó sean los singulares cambios de forma, aspectos y costumbres por que pasa un mismo individuo desde que sale del huevo hasta que muere después de haber asegurado la continuación de su especie. ¿Quién no conoce las transformaciones del gusano de seda, que tras de un rápido crecimiento se encierra en el precioso capullo hilado con su propia sustancia, para salir de él ligera *mariposa*?

Los insectos, así llamados vulgarmente, dan la muestra más acabada de estos cambios de forma, y constituyen por su conjunto un grupo natural, división de la clase, que se llama *orden*, bautizado por Linneo de *lepidópteros*, equivalente en griego á *alados con escama*. En efecto, de escamitas brillantes y diversamente teñidas están formadas por una y otra cara las superficies de las cuatro alas de esas inquietas y animadas flores, imagen de la juventud ligera é inconstante, que parecen hechas á propósito para aficionarnos al estudio de los insectos. Sobre la tela de araña, en la parte superior de la lámina, podréis ver unas orugas delgadas en diversas y singulares posiciones: son la forma primera de un lepidóptero, mientras se efectúa su nutrición y crecimiento. La oruga aquí dibujada es de la familia de los *geométridos*, así denominada por su manera de marchar doblando y estirando el cuerpo alternativamente, como quien mide á palmos una distancia. Otra oruga gruesa y blanca, con dos grandes colas, que avanza tortuosamente por el suelo, como en busca de alimento, pertenece al género *dicranura*. Los insectos en este estado se llaman *larvas*, voz latina equivalente á *máscara* ó *fantasma*, por lo mucho que difieren de la forma del insecto, distinguiéndose las *larvas* de los lepidópteros por su voracidad, siendo frecuente verlas devorar en un día cantidad de hojas cuyo peso es doble del de su cuerpo. Por eso son el mayor azote de la agricultura, pues atacan según

sus especies, las hojas, los troncos, los frutos, los granos y las raíces, sin contar los destrozos que causan en nuestras casas royendo muebles, ropas, libros y adornos. Mas como nada hay inútil en el mundo, tan dañina plaga sirve de alimento á las avicillas cuyo gorjeo nos encanta, y se puede decir que pagamos en hojas y frutas la regalada música de los ruiseñores.

Llegada su época, se dispone la oruga para cambiar de estado y efectuar en el secreto de un escondite su transformación en insecto alado. No todos hilan capullos, como el gusano de seda, que muchos se envuelven en sus propios pelos, en hojas, cortezas y terroncillos; otros se inflan y encogen dentro de su misma piel, que luego arrojan y se quedan colgados por un hilo de alguna rama, como ha hecho una *vanesa* dentro de la gran tela de araña de nuestro cuadro, ó se atan con una lazada contra un tallo, conforme está en el borde mismo de la derecha de la lámina, hacia su parte inferior, un *papilio*. Los dorados reflejos de su angulosa superficie valieron el nombre de *crisálida* á esta especie de mortaja, donde la oruga, en aparente insensibilidad y casi sin movimiento, toma la figura de una antigua momia y recibe el nombre de *ninfa* y de *pupa* (muñeca); de tan informes envolturas salen como por encanto los delicados enjambres que en competencia con los pájaros pueblan los aires. Nadie diría que esa elegante mariposa, posada tranquilamente en una corola en medio del cuadro y cerca del suelo, con el blanco ropaje de las alas desplegado, pudiera oír del caracol irritado con su presuntuosa vanidad estas justas expresiones:

«...Miserable criatura  
Que acabas de salir de la basura.  
¿Puedes negar que aún no hace cuatro días  
Que gustosa salías,  
Como humilde reptil, andar conmigo,  
Y yo te hacía honor en ser tu amigo?

SAMANIEGO.

Con razón sobrada podía haber usado tal lenguaje el pequeño molusco, pues esa mariposa procede de la verde oruga devoradora de las hortalizas, por cuyo motivo se ha dado á la especie el nombre *Pieris brassicae*. Este conjunto de dos nombres, uno sustantivo y otro calificativo, es el sistema adoptado desde el gran Linneo para designar los seres naturales. Todos los individuos idénticos forman una *especie*, unidad creada por la naturaleza y punto de partido de nuestras observaciones. Para poder entendernos en la innumerable variedad de especies, ha sido preciso agruparlas artificialmente según la mayor semejanza de aspecto y caracteres, y la primera unidad de orden superior nacida de este método es el *género*. Los géneros análogos forman *familias*, las familias se reúnen en *órdenes*, y los órdenes afines constituyen las *clases*, en que se dividen los *tipos* ó grandes agrupaciones de cada reino. En la sinonimia adoptada, el nombre sustantivo *Pieris* designa el género, y el calificativo *brassicae* distingue las especies de un mismo género. Así, por ejemplo, esa soberbia mariposa que en el centro de la parte superior parece haber extendido sus alas adornadas con grandes círculos

Sólo porque envidiaran sus colores  
Manchadas aves, y pintadas flores.

SAMANIEGO.

es la *Vanessa Yo*; y la que debajo de ella está revoloteando sobre la mata de flores, como para escoger cuál ha de darla alimento, es otra especie del mismo género, la *Vanessa vulcanus*, cuya espinosa oruga ha vivido oculta entre las ortigas. Hacia ella se dirige volando, por el lado de la derecha, una tercera vanesa, la *Vanessa C. albrum*, con los bordes de las alas suavemente recortados. Estas vanesas tienen la propiedad de soltar un líquido encarnado apenas salen á luz después de su primer vuelo, lo cual ha dado origen á la creencia en lluvias de sangre, como la que consigna en el año 1149 los *Anales Tole-*

*danos*. Linneo se complació en distribuir en la nomenclatura de tan bellos insectos los nombres gratos al oído de la fábula mitológica y de la leyenda heroica. Según el lugar que ocupaban en su metódica distribución, les fué aplicando los nombres de los héroes griegos ó troyanos, de las ninfas, de las deidades y hasta de los monstruos, conforme á las analogías que su rica imaginación le presentaba. Los grandes ojos parecidos á los del pavo real, hicieron aplicar el nombre de *Yo*; el color de fuego de las alas, el de *Vulcano*, y una *C* blanca, toscamente figurada en la parte inferior de las primeras alas, el de *C. albrum*. El prado (*lesinon* en griego) y la misteriosa librea negra atravesada por irregular faja blanca, han producido el nombre del *Limnitis sibylla*; pero la mariposa que entra por el ángulo más alto de la derecha, sobre el cual se cierne el *Colias vulgaris*, con

las alas ribeteadas de negro, y la graciosa *Lycaena*, adornada con menudos círculos, que busca modo de escapar por entre las tres vanesas, no debe su nombre á la boba (*lycaena* en griego), sino á la yerba espantalobos, donde mora su larva.

EDUARDO SAAVEDRA.

## UN FRUTO DE CARIDAD

### I

**H**ASTA la edad de cincuenta años había sido doña Luisa N... del número de esas mujeres felices nombradas con envidia. Pero al llegar á los años precursores de la vejez, perdió en el espacio de seis meses á su esposo y á su hijo único: quedáronle los bienes, pero estos no consuelan, y se vió como el árbol deshojado al aproximarse el invierno. El frío y la noche se hicieron sentir en su alma, privada de los dos seres que había amado; el uno había sucumbido á manos de una larga y penosa enfermedad, y el otro en la guerra de Africa. No sabía ella qué sentir más, si el esposo, el amigo, el confidente de toda la vida, el testigo ó compañero de los tiempos pasados; ó el amado hijo en quien se cifraban todas las promesas del porvenir; y cuando á los primeros impulsos, á las primeras agonías de su dolor hubo sucedido una tristeza solitaria; cuando se convenció que le era preciso vivir en aquella viudez del corazón, en aquel aislamiento, en aquella dolorosa separación de todos los que amaba, y que tal había de ser su vida en adelante, se puso á envidiar la suerte de los muertos: ¡Dichosos, dice la Sagrada Escritura, porque están descansando! Palabras que explican bien el penoso trabajo de la vida.

Doña Luisa, metida en su casa y sin tratarse con la gente sino lo que en cierta posición es indispensable, tenía pocas relaciones: no poseía conocimientos que la distrajeran, ni trataba amigos que la consolasen. Recibía las visitas de sus parientes, de los de su esposo y de las personas que en otro tiempo veían ambos juntos; pero no mediaba intimidad: cumplía exacta y cuidadosamente con todos los deberes de la religión, pero no gustaba la unión interior de la piedad: daba mucho dinero para las buenas obras que le indicaban; mas no era por caridad, por esa caridad que llena las esperanzas de la vida y que con sublimes afectos suplén los afectos del mundo. Vivía porque le era preciso; pero sentía cada vez más la amargura de la soledad y de esas horas sin interés y sin objeto, que sólo sirven para ser señaladas en el cuadrante del reloj.

Para ella, como para otras muchas personas, el aproximarse la vejez había sido el preludio de la desgracia. La infancia tiene de suyo las alegrías indiferentes; la juventud los placeres vivos y las sensaciones fuertes; la edad madura, los goces del trabajo y de las prosperidades de la familia; pero el que llega á una edad avanzada, ve caer á su alrededor á sus compañeros de viaje, y muchas, muchísimas veces á los que no debían seguirle sino al cabo de bastante tiempo, se queda solo, cual una espiga olvidada en el campo, sin tener otra perspectiva que la caducidad y la muerte. Pero más allá de la muerte está el descanso en la eternidad. La mano bienhechora que nos crió, que derramó rayos de luz sobre los primeros años de nuestra vida, nos priva de estos bienes que teníamos que dejar, y nos inicia des-

de este mundo en el deseo de una vida mejor, de un goce sin sombra y de una felicidad sin fin. El incrédulo censura estas disposiciones de la Providencia, y el cristiano las adora.

### II

Un domingo por la noche se hallaba sola Doña Luisa, sentada y llena de tristeza, junto á la chimenea. No estaba leyendo; porque una *Revista* que había tratado de hojear, descansaba cerrada sobre el velador: sus ojos daban vuelta, melancólicos y distraídos, por aquella habitación donde en otro tiempo, á igual hora y en semejante día nunca estaba sola. Todo á su alrededor le hablaba de lo pasado. Ese elegante mueble, puesto entre las ventanas, era su regalo de boda; lo había recibido con el corazón lleno de esperanzas que no se le frustraron; en aquel estante había ciertos libros de historia y ciertos poetas que su esposo gustaba leer; allá sobre aquel aparador lucían varios objetos que él trajo en un viaje que hizo á Italia, esmaltes, camafeos, una antigua escultura de mármol, una lámpara de las Catacumbas; en una esquina del velador estaba colgada una corona de laurel amarilla y seca, que era el primer premio que Fernando había ganado; ¡con qué júbilo vió ella colocar aquella infantil diadema en la castaña cabelle-

ménos tocante á la salud; porque en cuanto á los negocios, siempre hay sus dificultades.

Y mientras doblaba los vestidos de su señora y arreglaba el cuarto, prosiguió con locuacidad Sofía:

— La señora sabe que mi prima tiene una tienda de juguetes; estamos cerca de Pascuas, y había mandado hacer cierto número de vestiditos para muñecas á una oficiala suya, muy honrada y muy hábil; pero nada se hacía, ni nada se concluía. Mi prima, muy disgustada y muy inquieta, fué á casa de la oficiala... ¡Ah, señora, qué cuadro! La mujer y el marido estaban enfermos con una calentura tifoidea que el marido adquirió cuidando á la mujer, dos niños pequeños no tenían que comer, y el mayor había dejado el trabajo para asistir á sus padres y cuidar de sus hermanitos. La casa estaba escueta, porque aquella pobre gente lo había vendido todo para ayudarse á vivir, para no morir de hambre; pero ya no quedaba nada que vender ni empeñar, y unas personas tan buenas se hallaban sin lumbre, sin alimento y enfermas... Mi prima recogió su trabajo y les dió una friolera; pues aunque no es rica, tiene muy buen corazón...

Doña Luisa estaba oyendo con atención está charla.

— ¡Enfermos y sin ningún recurso! dijo al cabo. ¡Niños que están padeciendo á la vista de sus padres!

— Mi prima dice, añadió la bondadosa Sofía, que es necesario haber visto aquella miseria para imaginársela.

— ¿Y dónde vive esa pobre gente?

— Por una casualidad me acuerdo; en el barrio de Lavapiés, allá muy lejos, calle de la Fe, núm. 4. El se llama Pedro Hernández.

Doña Luisa no habló más: rezó sus oraciones y se acostó callada; pero cuando corrieron las cortinas de la cama; cuando la lamparilla no daba sino una trémula claridad, aunque todo estimulaba al sueño, no se durmió. Sus cavilaciones, fijadas en un principio sobre sí misma, sobre sus propios pesares, se volvieron muy pronto hacia aquella pobre familia de que Sofía acababa de hablarle. Los padecimientos del alma la tenían desvelada debajo de sus colgaduras de seda, en medio de las comodidades de la opulencia. ¡Cuánto no debían acrecentar las privacio-

nes físicas, las inquietudes de la esposa y de la madre, del padre y del marido, que sin duda estaban también despiertos en aquella infeliz boardilla de un arrabal!

— Es necesario haber visto eso para imaginárselo, dijo en alta voz. ¿Y si yo fuera á verlos? Sería un bien para ellos... Queda decidido; mañana iré á hacer una visita á esa buena gente... Sofía suele tener buenas inspiraciones.

Dió vueltas en todos sentidos al proyecto, y entretenida con estas consoladoras imágenes, se durmió dulcemente.

### III

Al día siguiente se levantó muy temprano, haciéndose vestir con la mayor sencillez: su traje de luto convenía también á la visita que pensaba hacer. No dijo á Sofía ni una sola palabra acerca de su proyecto, porque tenía el pudor de su buena acción; y salió á pie, casi ocultamente, buscando un coche de plaza que la llevara al barrio de Lavapiés.

— ¿Qué dirán cuando me vean por aquellas callejuelas? se preguntó á sí misma cuando se sentó en el carruaje. ¡Bah! ¿qué me importa el qué dirán? Ya estoy yo parapetada con mis cincuenta y tres años...



APLICACIÓN DEL CALOR SOLAR.

ra de su hijo! Sus ojos se dirigían hacia un retrato de Fernando hecho á la edad de cinco años; pero se fijaban con mayor frecuencia en una bonita miniatura que representaba al hijo con el severo uniforme de la Escuela de Estado Mayor. Ambos retratos se asemejaban algo: el niño era de una gracia ideal; el joven tenía una hermosura austera, debida principalmente á las líneas regulares de su rostro y á la expresión seria y firme de sus grandes ojos negros. La flaqueza y palidez de aquel juvenil semblante revelaban los penosos estudios de la escuela. Doña Luisa miraba con amor el retrato, vertiendo lágrimas, mientras, á su parecer, el semblante del hijo le correspondía risueño.

La sacó de su ilusión la campana del reloj, que dió las diez.

— Sofía tarda, dijo.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Sofía, que era la doncella mayor.

— Le pido á usted perdón, señora, dijo al punto: se me ha pasado el tiempo en casa de mi prima, y no creí que fuese tan tarde.

Doña Luisa no contestó nada y empezó á desnudarse. Al cabo de un momento dijo con dulzura.

— ¿Sofía, no ha sucedido nada malo en casa de tu prima?

— No, señora, gracias á Dios, nada malo, á lo



EL ESTÍO Y EL RENACIMIENTO DE LOS INSECTOS.

Ayuntamiento de Madrid

El carruaje la dejó en medio de una calle, donde preguntó a una buena mujer por la otra que iba buscando. Le indicaron dónde estaba, y en ella se puso a buscar el núm. 4, que pronto encontró. La puerta se hallaba abierta, y el *Nadie pase sin hablar con el portero*, que estaba escrito en la pared, animó a Doña Luisa. Obedeció aquel aviso, preguntando:

— ¿Vive aquí un tal Pedro Hernández, una familia donde hay enfermos?

— Sí, señora, aquí es, en el corredor del cuarto piso.

Fué subiendo despacio, y así que llegó al final de la escalera, llamó a una puerta. Una voz débil contestó: *Adentro*; y la señora se halló en la triste habitación de la indigente familia. Estaba cortada, sentía esa generosa vergüenza, esa noble timidez del rico delante del pobre, sentimiento delicado, que a los ojos del Señor quizá purifique las riquezas; y dijo a la infeliz mujer, que muy turbada también se levantó al verla.

— He sabido que había estado usted enferma y vengo a visitarla.

— Usted es muy buena, contestó confusa: siéntese usted, señora.

Y limpió con el delantal la silla que le ofrecía. Doña Luisa se sentó y echó una ojeada a todo lo que le rodeaba. Era un espectáculo desolador. El agua corría por las recién hechas paredes de la habitación, y no había ningún calor que disminuyera aquella humedad mal sana. El hogar estaba negro y las cenizas yertas, y el aire frío de fuera bajaba por el boquerón de la chimenea. No había más muebles que una silla, un taburete, una mesa, algunos cacharros ordinario puestos en un rincón del suelo, y en el extremo de la habitación una miserable cama. Allí, sobre un jergón de color gris y arropado entre unos trozos de cobertores, estaba el marido: al entrar Doña Luisa, se había quitado el gorro y dejaba ver un rostro todavía joven, de bastante inteligencia, pero cruelmente trabajado por la miseria y por la enfermedad. La mujer, apenas convaleciente, pálida y débil aún, estaba cosiendo un vestido de seda de color de lila para muñeca, y sobre la mesa había otros vestidos diminutos para otra muñeca de lujo; dos niños casi desnudos se hallaban sentados sobre la piedra del hogar, y un chico como de catorce años estaba leyendo junto a la cama de su padre.

— Esta habitación me parece muy húmeda para un enfermo, dijo Doña Luisa.

— Es muy cierto, señora; pero nosotros no podemos escoger, contestó con tristeza aquella infeliz; nos alquilan esto por muy poco, y lo tomamos aunque nos hace daño a todos y en particular a mi pobre marido.

— ¿Se restablece, sin embargo?

— Con mucha lentitud, señora.

— ¡Y necesitaba yo tanto el trabajar! dijo el enfermo: soy tapicero; el invierno es la mejor temporada, y podría yo ganar muy buenos jornales si no estuviera clavado en esta cama.

— ¿Y usted, buena mujer, trabaja?

— Poco, señora: yo tenía mucha obra para una tienda donde siempre me ocupan; pero la enfermedad me impidió trabajar, y me han recogido la obra; y este chico, hijo mío, suspendió también su trabajo para cuidarnos cuando los dos nos hallábamos en cama, y ahora no tiene ya jornal... Es aprendiz de pizarro, y con estos hielos no se anda sobre las techumbres.

Doña Luisa veía, observaba, y su corazón se llenaba de compasión. Admiraba el valor de la gente pobre, que padece tanto y se queja tan poco; y para mayor prueba de su benevolencia hacía algunas caricias a los niños, que se habían levantado para verla y que sorprendidos la estaban contemplando. De pronto la niña descansó la cara en la mano que le hacía caricias, y se echó a llorar.

— ¿Qué tienes? le dijo con dulzura Doña Luisa; contesta, hija mía, ¿qué tienes?

Se había inclinado a hablar a la niña y repetía sus instancias.

La niña se decidió al fin, y en voz muy baja dijo: — Quisiera un poco de pan para mi hermano y para mí, que tenemos mucha hambre.

— ¡Hambre, Dios mío! ¿es posible? exclamó Doña Luisa. Que traigan al momento pan, leche, carne...

Y dió una moneda de oro al hijo mayor: la madre, enjugándose las lágrimas, dijo con animación: — Dios es quien la envía a usted, señora; no hemos comido desde ayer a medio día.

— ¿Y este infeliz enfermo?

— Tengo una poca de sustancia de pan que guardé para él; pero está fría y no tenemos lumbre.

— Traiga usted leña, carbón y lo que se necesite.

El muchacho obedeció, bajando al punto. Las lágrimas de la niña habían patentizado la situación: Doña Luisa se había atrevido a preguntar, y la

pobre mujer se atrevió a responder. Le hizo la relación de sus desgracias, que era la historia común del obrero a quien la enfermedad y la falta de trabajo reducen muy pronto a extrema miseria; y por primera vez conoció bien Doña Luisa la vida del pobre; pudo apreciar ese bienestar precario, adquirido con tantos afanes, al cual suceden tan pronto la desnudez y las privaciones, y se dijo a sí misma: ¡Nuestro más insignificante capricho bastaría para alimentar y vestir a estos infelices!

Volvió Antonio, el hijo mayor; traía leña, pan, leche y un poco de caldo de casa de una vecina. Echaron en el hogar la leña y comenzó a chispear, los niños alargaron hacia la brillante llama sus manecitas amoratadas, mientras la madre les cortaba pan. El enfermo, casi desfallecido por falta de alimento, bebía el caldo que Doña Luisa le presentaba, y al mismo tiempo que parecía que él tomaba vida con aquel líquido, también ella sentía que una nueva y más generosa savia animaba su corazón. Se volvió a sentar junto a la lumbre: la madre echaba alegres miradas a sus hijos alimentados y reunidos al calor del fuego, y a su marido, a quien veía ya en tan buen estado; pero no podía expresar su reconocimiento: las lágrimas ofuscaban su voz y hablaban en lugar de ella.

— No se altere usted, hija mía, le dijo con bondad Doña Luisa, no le faltará a usted nada; le enviaré un colchón, cobertores, vestidos para usted y para sus hijos, y hasta que su esposo vuelva a tener trabajo, atenderé a las necesidades de usted.

Mientras Doña Luisa hablaba, fijó la vista en el libro que Antonio estaba leyendo al entrar ella. Era un librito, encuadernado con sencillez; lo abrió, y el título era: *Relaciones*, por Fernán Caballero; pero sobre el título vió las siguientes palabras, escritas con letra corrida y elegante: «A Antonio Hernández, recuerdo amistoso de FERNANDO JIMÉNEZ.»

No podía creer lo que estaba viendo; pálida, con las manos trémulas, tenía el libro, miraba aquellos caracteres conocidos, aquel nombre querido, y se preguntaba cómo veía en aquella pobre boardilla tan precioso recuerdo. Dominando después algo su primer impulso, le dijo a Antonio.

— ¿Dónde ha adquirido usted este libro?

— Un caballero me lo dió en la escuela donde voy todas las noches.

— ¿Qué escuela?

— Explícate, Antonio, dijo la de la casa, díle a la señora lo que es esa escuela.

— Es, dijo el muchacho poniéndose sonrojado y hablando de prisa, un local donde por las noches nos reúnen a varios muchachos para enseñarnos. Hay allí caballeros que nos dan lecciones de lectura, de escribir y de todo.

— ¿Y el caballero que le dió a usted ese libro iba a la escuela? preguntó la desgraciada madre, ahogada ya con las lágrimas.

— ¡Ya lo creo! hacía mucho tiempo que lo conocía yo: primero no iba sino cada quince días, los domingos, con un amigo que lo estaba enterando: traía un uniforme...

— ¿Cual?

— El de la Escuela de Estado Mayor; después vino diariamente y traía otro uniforme más bonito.

— De oficial del cuerpo, dijo desde la cama el padre; una vez ví yo a ese buen caballero.

— ¿Y le daba a usted lecciones, Luis?

— Sí, señora, me enseñó a contar, sé las cuatro reglas, y me preparó también para mi primera comunión... ¡Ah! Era muy bueno, y cuando rezaba en la iglesia tenía que ver. Nos dijeron que había muerto en África; esto nos dió mucha pena... Rezamos por él una estación y oímos una Misa: todos lo hemos llorado... Antes de marcharse me había dado este libro...

Doña Luisa lloraba: la pobre mujer de Pedro le dijo con dulzura, porque su instinto materno casi adivinaba la herida que iba a tocar:

— ¿Conocía usted acaso a ese buen hombre, señora?

— ¡Era mi hijo! exclamó.

Las lágrimas de reconocimiento de la otra madre contestaron a los llantos de Doña Luisa.

— ¡Ha hecho tanto bien a nuestro Antonio! dijo; éste nos hablaba siempre de él, y yo conocía al señorito Fernando sin haberle visto nunca.

Doña Luisa le estrechó la mano, diciéndole:

— Necesitaré a su hijo de usted; es un legado que el mío me hace.

## IV

Así que volvió a su casa, se encerró en su cuarto, y cogiendo el retrato de su hijo, le estuvo besando largo rato. La madre leyó en él claramente lo que sólo había entrevisto en otro tiempo, las tres virtudes del cristianismo, la caridad ardiente, la austera

castidad y la humildad profunda, gravada en el semblante de su hijo con caracteres muy expresivos y muy nobles. Mientras vivía, sabía la madre que tenía sólidos principios y un alma religiosa; pero no había sabido ni pudo penetrar, bajo el modesto velo con que las encubría, las obras cristianas con que alimentaba su fe. Parecía como si desde el otro mundo le hubiese el hijo revelado sus secretos y le invitara a buscar el consuelo donde había él hallado su fuerza y su virtud. Comprendió entonces mejor a su hijo; lo había visto tímido en el trato de gentes, y supo que fué heroico bajo los fuegos de las kabilas. Su humildad y viva caridad lo encaminaba a la práctica de buenas obras y descubría las modificaciones de su carácter.

Doña Luisa fué fiel a la poderosa y dulce voz, que le hablaba desde la otra vida. Aceptó y estuvo favoreciendo a aquellos infelices, que al parecer su hijo le había legado; y si aún llora al esposo y al hijo querido que perdió, la esperanza y la caridad la consuelan; la esperanza y la caridad, estas felicidades de la tierra de que el cielo nos hace una virtud.

## SONETO.

Honda revolución, ya sé que vienes,  
No por injusta ley, no por acaso,  
Sino porque, providencial traspaso,  
La voluntad de Dios llevas en rehenes.

De lauro asolador ciñe las sienes,  
Alzate desgredada, apura el vaso,  
Blande el hacha feroz, y aviva el paso,  
Que aún me parece a mí que te detienes.

Escrito está: tu abominable yugo  
Has de imponer, aunque a tus piés se arrastre  
El mundo que te teme y te acaricia.

Dios es el Juez, y tú eres el verdugo;  
Cumple tu fin, que en medio del desastre  
Vas a ser, sin saberlo, la Justicia.

JOSÉ SELGAS.

## LOS GRABADOS

EXTERIOR DE LA IGLESIA Y CONVENTO DE SAN FELIPE EL REAL.

Edificado en el siglo XVI y destruido en el XIX.

En el sitio que hoy ocupa la casa llamada de *Cordero*, formando la manzana que limitan la calle Mayor, Esparteiros, Pontejos y Correos, levantó la munificencia de Felipe II un convento a los Padres Agustinos, que por el nombre de su fundador y su dignidad se llamó San Felipe el Real.

Ocupaba la iglesia la esquina que mira a la Puerta del Sol, y se hallaba rodeada por un atrio que se llamaba las *Gradas de San Felipe*, con cuyo título suena muchas veces en nuestro antiguo teatro, por haber sido este sitio el punto de reunión de todos los galanes y gentes desocupadas de la Corte, el *mentidero* donde se redactaba de viva voz y se transmitía de oído en oído la prensa noticiara del antiguo Madrid.

Aunque por el aspecto exterior no se adivina el mérito artístico de este convento, conserva todavía fama popular su hermosísimo claustro, obra de uno de los discípulos más aventajados de Juan de Herrera, y de las pocas obras monumentales que conserva Madrid, tan pobre en esta clase de glorias. Oigamos lo que acerca de este claustro dice Llaguno:

«El año de 1600 se empezó la obra del claustro de San Felipe el Real, que es uno de los mejores de Madrid, con muchas ventajas. Hizo el primer diseño Andrés de Nantes, pero lo corrigió y mejoró Francisco de Mora. Parece que por entonces se construyó el lienzo del lado de Oriente: el que arrima a la iglesia lo hizo después Martín de Godaine en 1617; el de la portería y la escalera, Mateo de Godaine, en 1638, y el de Mediodía, Pedro de la Peña y Gaspar de la Peña, su hijo, en 1653.

Es de orden toscano, todo de piedra, con pilares, arcos y medias columnas en lo exterior. En el primer cuerpo tiene arquivado y friso; pero conociendo Mora que en aquel lugar no hace oficio alguno la cornisa, omitió este adorno inútil, contentándose con poner solamente una imposta. El segundo cuerpo remata en una simple cornisa que apoya sobre el capitel de las medias columnas, cuya coronación es defectuosa, porque sobre columnas no se puede hacer aleros de tejado, que es lo que significa la cornisa, sin que a lo menos haya arquivado.»

La iglesia y el claustro fueron vendidos a muy bajo precio en la época de la desamortización, y derribados sin piedad para edificar casas suntuosas, de *mayor utilidad y provecho* para los desamortizadores.

No cabe en los límites de esta nota la reseña histórica de la Comunidad que ocupó el convento: brillaron en él grandes sabios y santos religiosos, alguno de los cuales, como el Beato Alonso de Orozco, acaba de ser elevado a los altares.

La vista que nosotros publicamos está copiada de un dibujo antiguo. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA debe guardarla en sus páginas, clasificándola con la serie de *Hazañas del moderno vandalismo*.

## APLICACIÓN DEL CALOR SOLAR

En los talleres de M. Pifre (París) se han empezado ya á hacer sorprendentes aplicaciones del calor solar. El grabado de la pág. 462 representa la muy notable de tirar un periódico que ha sido titulado *El Sol*.

En el primer término del dibujo hay dos insoladores pequeños, que sirven para destilar aguardiente y hacer café. En el fondo está la gran máquina de vapor, que funciona por la sola fuerza del calor, y tira 500 ejemplares de periódico por hora. El aparato reflector mide 3m.50 de diámetro, llevando sobre su eje central, al foco de los rayos reflejados, una pequeña caldera, cuyo vapor pone en movimiento un motor vertical de una fuerza de 30 kilogramos. Este motor opera sobre una máquina Marinoni, y permite hacer la tirada como en un taller ordinario de imprenta.

Ya en la Exposición Universal de 1878 se habían hecho numerosas experiencias de esta índole; pero Pifre ha prometido hacer verdad la aparente paradoja de *fabricar hielo con el sol*. La ciencia llegará aún á idear tales diabluras, que las gentes del *medio saber*, los que se contentan con saber y aplaudir lo que hicieron nuestros antepasados, y los que quieren la ignorancia del pueblo para mejor gobernarle, encontrarán pretextos para volver á perseguir como hechiceros á estos verdaderos bienhechores de la humanidad: los hombres de ciencia. Y el progreso científico es tan asombroso, que tal vez esté inscrito en el gran libro de los decretos providenciales que nuestra laboriosa y todavía infantil humanidad sub-lunar, vea el agotamiento completo de las minas de hulla y madera combustible (que no son otra cosa tampoco que rayos del sol almacenados), y sea en cambio gratificada con un manantial perpetuo de fuerza, de calor y de luz, por la utilización directa del calor solar, por la extracción del calor interior del globo, por las transformaciones de la electricidad atmosférica, y en fin, como dice A. Lepaute, por la deshidrogenación grandiosa del agua de los mares, y la aplicación del movimiento perdido en la oscilación diurna de las mareas sobre todas las riberas.

## EL ESTÍO Y EL RENACIMIENTO DE LOS INSECTOS

(Véase el artículo *El Estío* en la pág. 460.)

## Á VUELAPLUMA

## SABER Y SABOR.

Sabio es Fulano de Tal:  
Al menos con su aire grave  
Y su tono magistral,  
Para mí es hombre que sabe,  
Porque me sabe muy mal.

## EL GOCE ILÍCITO.

Mar que nunca está sereno,  
Y agua adentro el viento es tal,  
Que si te coge de lleno,  
Has de encallar en el cieno,  
O correr un temporal.

## DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD.

Todos en la vecindad  
Gimen y lloran sin tino.  
Y ¡cosa extraña en verdad!  
Dicen que hay felicidad,  
Pero en casa del vecino.

## JARDÍN DE AMORES.

Es un verjel que promete,  
Mirado á cierta distancia;  
Nos atrae con su fragancia;  
Pero á quien allí se mete  
No le arrienda la ganancia;  
O no le pisen tus piés,  
O deja el alma á la entrada,  
Si te ha de servir después,  
O bien llévala acolchada,  
Y póntela del revés.

DOS FRASES QUE, AUN CUANDO PARECEN CONTRARIAS,  
MUCHAS VECES VIENEN Á DECIR LO MISMO.

Sepulta dentro del pecho  
Lo que no debas decir;  
Y aunque pugne por salir,  
Cállalo, y es lo derecho.  
¿De qué te sirve encargar  
Gran secreto en tono grave,  
Si entregas á otro la llave  
De lo que debes guardar?  
*No lo digas á ninguno,*  
*Y puedes decirlo á todos;*  
Aunque por opuestos modos  
Todo ello viene á ser uno.

## PENAS Y GLORIAS.

En el más bello pensil,  
La rama que con orgullo  
Se alza más fresca y gentil,  
Suele dar para un capullo  
Cien espinas, si no mil.

¡Pero qué mejor modelo!  
Entre sus nombres mayores,  
La misma Reina del Cielo  
Lleva en plural los Dolores  
Y en singular el Consuelo.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

## MARÍA DE GOES

(Siglo XVI)

## PRIMERA PARTE. — HOLANDA.

## I

## La Abadía de Rynsburgo.

**E**n la época en que la Batavia, igualmente que su vecina la Inglaterra, hubieran podido llamarse la Tierra de los Santos, ninguno de los muchos monasterios esparcidos por las orillas del mar, situados en las verdes praderas respaldadas contra las selvas, las cuales hermozeaban como joyas del cielo aquel bendito país, igualaba ni en esplendor ni en devoción á la antigua abadía de Rynsburgo.

Pertenecía ésta á la orden de San Benito, sin depender de nadie sino del Sumo Pontífice; y hasta el emperador mismo, si se encontraba con la abadesa de Rynsburgo, debía saludarla arrodillado. La viuda del conde de Holanda, Floris II, fundó esta abadía, que proporcionaba piadoso asilo á las doncellas nobles: muchas jóvenes á quienes correspondiera una corona ducal ó de condesa, habían ocultado allí su hermosura bajo el velo de las esposas de Jesucristo; y la gente consideraba las riquezas de aquellas monjas como el caminante mira la fuente bienhechora, que aun cuando no pertenece sino á un solo dueño, todos acuden á ella para saciar su sed.

Nada había tan hermoso como la abadía de Rynsburgo, cuyo inmenso recinto, cercado con anchos fosos y elevados muros, comprendía la iglesia abacial, los edificios claustrales, el departamento para los huéspedes, espaciosos jardines cultivados con el mayor esmero, praderas donde pastaban los ganados, y bosques que estaban llenos de corzos y que servían para que pasearan las religiosas. Arrebataba la vista este encantador país, donde la más bella arquitectura gótica se hallaba unida con la fresca y majestuosa naturaleza del Norte, y una tranquila melancolía reinaba en aquellos sitios, pareciendo como si la tristeza mezclada de esperanza, la cual es el centro de toda alma cristiana, hubiera tomado allí un carácter manifiesto y sensible, según la suma paz que se experimentaba en aquellos claustros con pavimento de losas sepulcrales, las celestiales ideas que sugería aquella prolongada iglesia, el religioso silencio observado en aquellas deliciosas sombras, y las gratas soledades de aquellas interminables llanuras, en que el suave verdor de los prados se confundía en el horizonte con el pálido azul de los cielos. Al ver aquel tranquilo y dilatado espacio comprendese fácilmente que se formara allí un Tomás Kempis escribiendo uno de los mejores libros que ha salido de la mano de los hombres.

Nos hallábamnos en 1571; acababan de cantarse vísperas; los últimos rayos del sol poniente alumbraban la iglesia de la abadía, y atravesando por las vidrieras, dibujaban en el pavimento del santuario las imágenes de los santos y los caballeros pintados en aquellas. A favor de la sonrosada luz del sol, parecía que revivían las estatuas de mármol, y aun se hubiera creído que las abadesas tendidas en los silenciosos sepulcros con la cruz en la mano, iban á descender de su lugar de reposo, que se preparaban para levantarse las nobles damas arrodilladas ante aquellas tumbas, y que las blancas efigies de santos, que estaban alrededor del coro, bajaban para incorporarse con las religiosas postradas delante de sus asientos á entonar con ellas los sagrados himnos. El órgano con su majestuoso eco hacía resonar las bóvedas del templo; las puras voces de las monjas cantaban el melancólico *Salve Regina*, y sus armoniosos acentos subían hasta el cielo, unidos con el azulado humo de los incensarios.

Inclinaron en seguida todas la cabeza; porque el sacerdote estaba dando la bendición con el Santísimo Sacramento; y cuando el sagrado copón fué vuelto á colocar en el tabernáculo, las más de las religiosas quedaron orando puestas de rodillas: sólo dos de ellas se fueron tras las colegialas, quienes salían de la iglesia de dos en dos, con las manos cruzadas y los ojos bajos; mas apenas aquella jovial cuadrilla había pasado el umbral de la puerta, cuando se derramaba por el claustro, riéndose como chicas

y gorjeando como los pajarillos. Las mayorcitas se separaron de las otras más juguetonas, y fueron á sentarse al pie de una imagen de la Santísima Virgen, que bajo una bóveda formada por cuatro grandes tilos se hallaba colocada en el patio de aquellos claustros. Comenzaron á hablar con la expansión y confianza propias de la juventud, cuando llegó una hermana lega y le dijo á la mayor:

— La señora la espera á usted en su habitación. No haga usted aguardar á Su Reverencia, señorita María.

Levantóse la joven, y una de las compañeras le dijo:

— Querida, ¿para qué te llamará Nuestra Reverenda Madre? Yo en tu caso me moriría de miedo.

— Pues yo no lo tengo, contestó con dulce y tranquila sonrisa María; porque no he hecho nada malo, y además nuestra Madre es muy buena.

Hizo un ligero ademán de despedida á sus amigas y se fué detrás de la lega. Pasaron los edificios claustrales, encaminándose hacia la casa abacial, que estaba al lado derecho de la iglesia. Allí vivían la Abadesa y las que ocupaban en la comunidad más alto puesto. Esta morada, aun cuando de hermoso estilo, se hallaba arreglada á las más estrictas leyes de la sencillez evangélica; ningún supérfluo ornato se veía en los corredores ni en las salas por donde la joven iba pasando; notábanse únicamente algunas pinturas piadosas, algunos retratos antiguos, mapas, y planos que, dibujados en cobre ó en pergamino, representaban los principales monasterios del orden de San Benito.

Paróse al fin la lega en una puerta que tenía encima la imagen de una religiosa de aquella orden, con las siguientes palabras al pie: *Sancta Gertrudis, ora pro nobis*; y dijo á María de Goes:

— Ahí está Su Reverencia.

## II

## La Abadesa.

Era esta una señora de avanzada edad, semblante descolorido y venerable, fisonomía austera y suave al mismo tiempo y que con singular dignidad vestía el hábito de San Benito. Hallábase á la sazón leyendo en un gran libro que delante de sí tenía abierto, y era el *Jardín de rosas*, de Tomás Kempis, impreso por Lorenzo de Koster, el Gutenberg de la Holanda. A un lado tenía la rueca, y el báculo, emblema de la dignidad abacial, estaba apoyado en el respaldo del antiguo sillón.

Arrodillóse á sus piés María, y la Abadesa, después de haberle echado la bendición, se puso á mirarla con aire afectuoso y triste. La joven no se atrevía á hablar; pero le dirigió una mirada investigadora y tímida, diciendo en voz baja:

— Madre mía, espero sus órdenes... Paréceme que Su Reverencia está triste... ¿Le habré yo ofendido sin saberlo?

— No, hija mía, tranquilízate, no tengo para tí sino elogios y bendiciones; pero estoy triste, hija mía, porque todas te queremos, y mañana vas á dejarnos.

— ¡Ay, madre mía, tan pronto! ¡Me llama ya mi padre!

No pudo pronunciar más palabras, porque las lágrimas ofuscaron su voz, y dejó caer su hermosa cabeza en las manos de la superiora, quien la estuvo mirando con profundo sentimiento.

— Hija mía, María, dijo al cabo, ¿para qué lloras de este modo? ¿No era preciso que algún día dejaras esta casa, así como á tus madres y á tus compañeras? Adoremos la voluntad de Dios, hija mía.

— ¡Ah, madre mía! también Vuestra Reverencia llora, dijo María besando las descoloridas y descarnadas manos de la religiosa; y ya ve Su Reverencia que tengo motivo para afligirme.

— Sabes, hija mía, que te quiero, y no puedo menos de llorar cuando te veo marchar para no volver á ver nunca. Espero que Dios me perdonará mis lágrimas.

— ¡Nunca! repitió con tristeza la joven.

— Sí, María, no volverás más, y si volvieras por estos parajes, ¿qué hallarías? Ruinas donde no resonarán nunca las alabanzas del Señor. Yo seré la última Abadesa de Rynsburgo.

— ¿Qué dice Su Reverencia, madre mía?

— Oyeme, hija. Hace treinta años que la herejía cunde por nuestro país, y cinco que está reinando en él. Los nobles se hallan impacientes por sacudir el yugo de España; los ricos codician los bienes de la Iglesia, y el Señor, en castigo de nuestras culpas, ha entregado nuestra infeliz patria á las pasiones depravadas. Soy vieja y espero no sobrevivir á estos santos muros, donde he vivido cincuenta años; pero os compadezco á vosotras las jóvenes, á vosotras,

que quedáis expuestas á las tempestades; y especialmente te compadezco á tí, mi querida María. ¡Ah, hija mía! ¿Te conservarás fiel á tu Dios y á la fe de tus padres? ¿Podrás librarte de los lazos de los herejes? ¿Quién te guardará á tí que no tienes madre!

María se quedó un instante pensativa, y alzando la mano hacia una imagen de la Santísima Virgen, que se hallaba colocada sobre el reclinitorio de la Abadesa, dijo con voz firme:

— Mi madre celestial me guardará. Juro delante de Dios, delante de la Santísima Virgen y en las venerables manos de Vuestra Reverencia, vivir y morir en la fe católica.

— El Señor te ayude, dijo la Abadesa alzando los ojos al cielo.

## III

## Regreso á la casa paterna.

María gustó hasta entonces la inefable paz del claustro en toda su extensión: no había conocido sino la oración, el estudio y las castas amistades de la juventud: el estrépito del siglo, sofocándose al pie de los muros de Rynsburgo, no había llegado á sus oídos. Sabía ella que la Holanda era una nación católica, y que su familia, una de las más nobles del país, era afectá á Roma; en los vagos recuerdos de su infancia veía á su madre haciéndola orar á Dios y á los santos, y á su padre que se ponía de rodillas al pie del Crucifijo mientras rezaba las oraciones del anochecer, y se imaginaba que nada podía haber variado ni en su país natal ni en la casa paterna. Pero durante su viaje desde Leida al Haya vió cosas que la llenaron de horror. Bandas de aventureros armados recorrían el país: eran soldados alemanes costeados por el príncipe de Orange; y María oyó sus blasfemias y las sacrílegas canciones. Las cruces que se encontraban en las márgenes de los caminos, las echaban por tierra; las antiguas capillas que defendían las encrucijadas, eran las unas consumidas por las llamas y las otras saqueadas y casi convertidas en ruinas. Arrojadadas por el lodo y mutiladas veíanse las imágenes de los santos, á quienes en otro tiempo había invocado el pueblo en aquel sitio. Al pasar por Utrecht vió con indecible dolor la joven abierto y profanado el *Dom-Kerk* y leyó en el pavimento la siguiente inscripción: *Aquí se oró al Señor la vez primera*, y se dijo ella para sí: «Aquí no se orará más.» Un predicador calvinista estaba arregando en la esquina de la calle, y con ardientes apóstrofes invitaba al pueblo á nuevas profanaciones.

Al entrar en la casa paterna olvidó estas penosas ideas, retrocediendo cariñosamente á los primeros recuerdos de su vida, á los primeros sentimientos de su corazón. Recibióla el padre con vivo afecto, los antiguos criados con respeto de familia, y los primeros días se pasaron entre las dulzuras del regreso y de la toma de posesión, que reanudaba los lejanos recuerdos de la infancia con el presente y con el porvenir de la joven.

Desde muy tiernos años había perdido María de Goës á su madre, cuyo lugar ocuparon las religiosas de Rynsburgo; conocía poco á su padre y aun menos á su familia; pero sabía que estaba prometida para casarse con un primo suyo, llamado Herberto de Bagelar; y este plan de los padres, que se le manifestara desde muy niña, había de tal modo crecido con ella, que nunca pudo pensar en librarse de él. Sometíase á este proyecto como á un acontecimiento inevitable; y quería como hermana al que más adelante debía amar como esposa. Su alma era sencilla, aunque ardiente; y ardiente y sencilla era su fe; pero bajo la habitual dulzura de su carácter ocultábase cierta firmeza invencible y cierto valor silencioso; porque semejante á la nación á que pertenecía, poseía en igual grado la paciencia y la fuerza.

Disipadas la sorpresa y la sensación de los primeros días, y volviendo á tomar tranquila posesión de sí misma, pudo observar María lo que á su alrededor estaba pasando, y explicarse entonces los temores de la Abadesa, sus lágrimas y sus recelos. La herejía iba en aumento, á la manera de las olas que por todas partes estrechan la Holanda amenazándola: las más de las iglesias estaban profanadas, los doctores de Calvino predicaban públicamente, reuniendo á su alrededor numeroso auditorio, reclutado, por una parte, de entre los que hallaban demasiado fuerte el maternal yugo de la Iglesia y que buscaban más cómoda forma de religión, y por otra parte, entre los que obraban impulsados por las pasiones políticas y por el amor á la independencia. Reforma y libertad parecían todo uno á los enemigos de España; y el calvinismo se fué acrecentando á favor de la aversión que inspiraba el temido poder del duque de Alba. Esta nueva doctrina, no sólo se predicaba en las plazas y en las iglesias destruidas, sino que

hasta tomaba asiento en el hogar doméstico, y muy en breve no pudo María dudar de que ella era la única persona que en la casa paterna había permanecido fiel á la fe católica.

Un doctor alemán, llamado Colombo, que se vanagloriaba de haber tratado familiarmente á Calvino, se había hecho el perenne huésped del barón de Goës. Disfrutaba en la casa de extraordinario ascendiente: oíalo con entusiasmo el barón, Herberto lo atendía y los criados temblaban ante aquella altiva y severa presencia. Los sombríos rencores, los implacables odios de la secta que ha dado al mundo á un Knox y á un Calvino, se traslucían en la mirada de aquel hombre, resonaban en sus palabras y dictaban sus ideas; mas, no obstante, por áspero y terrible que pareciera, María se sintió con valor para hacerle cara.

Sola y abandonada en aquella casa invadida por la herejía, sin defensa entre su padre y su prometido, ambos católicos de nombre, pero unidos en lo íntimo del corazón con la nueva secta, se formó para sí dos santuarios igualmente inviolables. Fué el uno su corazón, donde vivía con Jesús y con su divina Madre, con los recuerdos de la Sagrada Eucaristía y de la Confesión Sacramental; fué el otro su oratorio, donde reunió los libros, las imágenes piadosas y las reliquias que parecían amenazadas por las miradas del doctor Colombo, y condenadas á próxima destrucción. A todos y aun á las criadas que la servían, prohibió la joven que entraran en este asilo, donde se retiró para orar y meditar. El padre la dejaba libre en esto: acaso contaba con su propio ejemplo ó con las sugestiones de Colombo para triunfar de su fe; pero el alma de la hija, pura de toda pasión, y su inteligencia recta y tranquila, le libraba de los lazos de los sofismas; y muchas veces desenmascaraba el error con una sola palabra, sencilla como la inocencia y fuerte como la verdad.

Trascurrieron así tres meses. María estaba sola con su padre, y Herberto se había incorporado con el ejército del príncipe de Orange.

## IV

## El doctor Colombo.

Cierta noche después de la comida, en la que se había guardado bastante silencio, se levantó el barón de Goës, é intencionadamente dijo al doctor Colombo:

— Tenga usted la bondad de aguardarme, que necesito hablarle, y muy pronto volveré á casa.

Se marchó, y levantándose en seguida María, después de dar gracias, se preparaba para irse, cuando el predicador la detuvo con un ademán, diciéndole:

— ¿Me concederá usted el honor de su compañía por un instante, noble señorita?

— Si usted lo quiere, caballero, contestó con frialdad, sentándose y haciendo seña, para que se sentara junto á ella, á la anciana ama de llaves que estaba levantando la mesa.

Por un instante guardó silencio Colombo, y en seguida prosiguió con reposado tono:

— ¿Me parece que hace tres meses ha salido usted de la casa de las mujeres de Moab, donde ha sido educada?

— ¿Supongo que quiere usted decir la santa abadía de Rynsburgo?

— Sí, la abadía de Rynsburgo, para usar el lenguaje de usted. Hace tres meses que ha dejado usted á Babilonia por Jerusalem, y me lisonjeo de que la palabra de vida que usted ha podido oír de mis labios, aunque indignos, no habrá dejado de producir efecto en su alma.

— Ciertamente, contestó con valor María; las palabras de usted han servido de mucho á mi alma, porque me han unido más estrechamente á la única Iglesia, cuya cabeza visible está en Roma, así como la cabeza invisible reina en los cielos.

— ¿Insiste usted en ese error secular, noble señorita? Usted que ha resistido á mis palabras, ¿resistirá también al ejemplo de su padre?

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— Quiero decir que mañana el barón de Goës, deseando dar á la reforma una prenda de fe, y á la patria que pelagra una promesa de fidelidad, abjurará públicamente los errores idolátricos de la Iglesia romana.... Indudablemente dentro de poco Herberto de Bagelar imitará este ejemplo; y usted, ¿luchará sola contra su padre y contra su esposo?

María se quedó pálida al oír confiar de aquel modo lo que tanto temor le causaba. Fijábase sobre ella la sombría y penetrante mirada del doctor calvinista, y ya parecía que gozaba con su pena, cuando alzó ésta la cabeza contestando:

— Lucharé, si preciso fuere, hasta la muerte; Dios y su Santísima Madre me ayudarán.

— Se apoya usted en una caña rota, que le lastimará la mano, dijo con fría sonrisa Colombo. Tenga usted prudencia, confórmese con la voluntad de su padre y con la de su marido: la obediencia es el destino de la mujer.

— La obediencia al hombre en las cosas legítimas que no perjudican á la conciencia. ¿Cuántas santas mártires han desobedecido á su padres por obedecer á Dios? Invocaré su auxilio y obraré como ellas.

— Usted se perderá.

— Si el cuerpo se pierde, el alma será libre.

— Señorita María, sea usted prudente, oiga la verdadera palabra de la Escritura.

Levantóse María, diciéndole:

— Yo juzgo el árbol por sus frutos: conozco los héroes de la reforma de usted: el licenciado Enrique VIII, la impía Isabel, el bárbaro Knox, el hipócrita Calvino, el ebrio Lutero, esos son los héroes y los santos de usted.... Se los dejo y me colocó bajo el estandarte de los apóstoles, de los mártires triunfantes, de los santos pontífices, de las candidas vírgenes.... Soy hija de la Iglesia, de esta Iglesia que ha dado á la Holanda los Bonifacios y los Willibros, las Ludwinas y las Gertrudis de Est.... Perteneczo al buen pastor y odio á los lobos rapaces.... Adios, doctor Colombo.

Después de esta enérgica y tremenda réplica, dicha con un tono que no parecía propio de su edad, salió corriendo hacia su oratorio, donde arrodillada se puso á orar y á llorar. ¡Cuánta amargura sentía aquella tierna y delicada alma! Apenas se hallaba en el comienzo de la vida, cuando se desvanecían todas sus esperanzas, sin descubrir delante de sí más que prolongados días de tristeza y una terrible lucha entre los imperiosos deberes de la fe y los dulcísimos afectos del corazón. — «Se separan de la Iglesia, decía en medio de su llanto; ya no rezarán conmigo. Pierdo á mi padre acaso para siempre.... ¡Santísima Virgen, puerta del cielo, estrella que descubre los profundos abismos y encamina al puerto! ¿no me asistiréis?»

Toda la noche se la pasó en vela al pie de la imagen de la Santísima Virgen, y al alborar del día se preparó para bajar y hablar á su padre. Mas éste temía la presencia de la hija, y estuvo rehusándola todo el tiempo que le fué posible. Al fin salió de su cuarto á media mañana, acompañado de Colombo que llevaba puesto el manto negro, el alzacuello y el bonete de los predicadores; á su lado iban algunos caballeros, que habían ya abrazado las doctrinas de Calvino; y acompañábanle varios criados armados. María, que lo estaba aguardando en el vestíbulo, se fué corriendo hacia él, y arrodillada á sus pies, con lágrimas más expresivas que las palabras le dijo:

— ¡Padre mío! Permítame usted que le hable: usted camina á su perdición; sírvase usted reflexionar, que aún es tiempo. Padre mío, no dé usted oídos á los sectarios de la herejía, y sea fiel á la fe que mi madre profesaba en el instante de morir.

No pudo hablar más; el padre la levantó del suelo, diciéndole con dulzura:

— No te obligo á que me imites, pero al mismo tiempo, hija mía, no trates de mortificarme. Déjame, que me están aguardando....

Y se desprendió de los brazos de la hija, la que sin poder tenerse hubiera caído al suelo, á no haberla apoyado la antigua ama de llaves Zanna, que la sostuvo diciéndole á media voz:

— ¡Qué lástima que ya no pueda hacerse una novena á Nuestra Señora de Groeningha. Ciertamente la Virgen remediará á la desgraciada señorita, que quizá va á ponerse mala y á morir.

Mientras tanto la comitiva se había alejado, y cuando María volvió en sí, estaba acostada, habiéndole transcurrido muchas horas. Oyó entonces la algazara que había en el piso bajo y el ruido de vasos y platos, y Zanna le dijo que el barón celebraba, en un suntuoso banquete con sus nuevos correligionarios, su abjuración y su nombramiento por Guillermo, príncipe de Orange, para mandar las tropas confederadas de la provincia de Holanda.

(Se continuará.)

## REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Decorado de marfil.* — *Escritura.* — Para escribir sobre el marfil y el hueso, se prepara una tinta disolviendo 5 decigramos de nitrato de plata cristalizado en una solución de goma arábica, compuesta de 4 gramos de esta sustancia en polvo con el agua necesaria para que resulte clara. No deben emplearse plumas de acero.

*Plateado.* — Se deja humedecer el marfil en una disolución débil de nitrato de plata, que colora poco

a poco el marfil; entonces se retira y se le sumerge en agua pura; después se le pone al sol, cuya acción le vuelve negro a las pocas horas. Hecho esto, no queda más que el pulimento para lograr un brillo excelente como de plata. Tanto en ésta como en la operación anterior, hay que tomar precauciones con el nitrato de plata, por ser un veneno muy violento.

**Blanqueo.** — Se machaca muy bien piedra pómez y se pone en agua, y con esta mezcla se restrega el objeto de marfil; después se seca, y colocándole al sol, bajo una campana de cristal, adquiere su color blanco nítido primitivo.

**Pulimento.** — Nada más fácil de pulimentar que el hueso, y aún mejor el marfil. Frotando ambas materias con un trapo, una madera, o con la mano nada más, adquieren un brillo excelente. Los que deseen pulimentar con frecuencia el hueso o el marfil, deberán prepararse una bola de cera mezclada en caliente con polvo de esmeril o rojo inglés muy fino; bastará frotar con esta bola y pasar un paño para imprimir un brillo extraordinario a estos cuerpos, como asimismo al nácar, concha, asta, etc.

**Negro marfil.** — Se obtiene calcinando al rojo las raspaduras del marfil. De este modo resulta un hermoso color negro, muy estimado en las pinturas más finas.

**Empleo de los residuos del café.** — En el *Journal de Agricultura* se dice que los residuos de la preparación de la infusión del café pueden utilizarse para destruir los insectos que atacan a las jóvenes plantas de los jardines y las huertas.

Las grandes cantidades de residuos de café que para nada se utilizan, pueden emplearse para este objeto sin gastar apenas nada, especialmente en las grandes poblaciones donde hay tanto consumo de café.

**Medida del trigo.** — El Sr. Ferreira Lapa ha publicado en la *Gaceta dos Labradores* de Lisboa un curioso artículo, en el que da cuenta de los experimentos y trabajos que ha ejecutado para conocer cuál es el mejor sistema para la medida del trigo, si la medida o el peso.

De ellos se deduce que está expuesto a menor error el peso, en el concepto de que el grano está humedecido, accidente común, debido pocas veces a causas locales y muchas o casi todas al fraude.

De las indicadas pruebas, resulta que el trigo humedecido aumenta su peso natural en un 6 por 100 como máximo, llegando al límite de que el agua se manifieste por signos exteriores, mientras que igualmente humedecido, el aumento de volumen es, por término medio, dos veces y media mayor que el del peso.

**Estadística vegetal.** — Pasan de 100.000 las especies de plantas conocidas hoy en día por los botánicos. De éstas, según los estudios hechos por un naturalista alemán, hay 12.000 reconocidas como de

aplicación a las necesidades y usos de la vida, sin perjuicio de los descubrimientos que respecto a las propiedades especiales de muchas plantas se puedan hacer en lo sucesivo.

De esta curiosa estadística, tal como la ha hecho aquel naturalista, tomamos la clasificación siguiente:

Especies.	
Vegetales que dan frutos y semillas comestibles.....	1.350
Idem id. cereales.....	108
Idem id. bulbos comestibles.....	37
Idem id. ensalada y legumbres.....	460
Idem id. hojas útiles a la industria (palmas).....	40
Idem id. fécula alimenticia procedente del tallo ó raíces.....	32
Idem id. azúcar.....	31
Idem id. bebidas de diferentes clases.....	200
Idem id. aromas.....	266
Idem sustitutos del café.....	50
Idem id. del té.....	129
Idem que contienen tanino.....	140
Idem id. caoutchouc.....	96
Idem id. gutta-percha.....	7
Idem id. resina y gomas aromáticas.....	387
Idem id. cera.....	10
Idem id. grasas y aceites esenciales.....	330
Idem id. tintes.....	650
Idem id. sustancia jabonosa.....	48
Idem que dan fibras textiles.....	260
Idem id. para hacer papel.....	365
Idem id. materiales para cubiertas.....	48
Idem id. id. para cestería.....	100
Idem id. id. para construcción civil.....	740
Idem id. sustancias venenosas.....	615

Aun cuando es de creer que esta relación no sea rigurosamente exacta, sirve, sin embargo, para formar un concepto muy aproximado a la verdad del alcance que tiene la vegetación en las direcciones todas de la vida doméstica y social del hombre.

**Una lancha de goma.** — Durante la permanencia de la escuadra inglesa en la ría de Arosa, llamó la atención de la gente del país un curiosísimo aparato que llevaba uno de los oficiales que salieron a pescar.

Llegado el oficial a Carril, desdobló un objeto que llevaba debajo del brazo, sopló por una boquilla y apareció una lancha de goma de metro y medio de longitud.

Después colocó una tabla en sentido horizontal y en un extremo un timón, se metió dentro y se dirigió río arriba hasta Cesures, moviendo el barco con dos remos pequeños. Lo más raro es que siendo el oficial bastante corpulento, no calaba el portátil buque más que tres pulgadas.

**Preparación de carne cruda como alimento de enfermos (Peter).** — Deseando Peter administrar a varios de sus enfermos la carne cruda bajo una forma tan grata como fuera posible y sin que tuviese para ello que intervenir el alcohol de modo alguno, ha ideado el siguiente compuesto:

	Gramos.
Carne cruda.....	250,00
Almendras dulces tostadas.....	75,00
Almendras amargas mondadas.....	5,00
Azúcar de pilón.....	30,00

Tritúrase todo perfectamente en un mortero de piedra, y añádase a la pasta que se obtenga una yema de huevo y la cantidad de leche necesaria para que resulte una verdadera leche.

Tanto por sus condiciones alimenticias, como por la facilidad con que la ingieren los sujetos a quienes el autor la ha indicado, dicha carne está llamada a ser en adelante objeto de especial consumo.

**Ostras, almejas, pulpos, calamares y caracoles.** Aunque no son muchas las especies comestibles de este grupo, se hace de ellas, en cambio, un gran consumo, sobre todo de las ostras, que son plato obligado de toda mesa bien servida. La ostra más común es el ostión (*Ostrea edulis*). Se comen también, entre otras, la ostra del Mediterráneo (*O. rosacea*), y la de Córcega (*O. lamellosa*). Las clases conocidas por los inteligentes con los nombres de Cancale, Marennes y Ostende no son más que variedades de la ostra común. En algunos puertos del Mediterráneo y Atlántico comen la ostra de pie de caballo (*O. hippopus*), que es algo basta.

Viven las ostras en el mar, cerca de las orillas y a poca profundidad, fijándose en las rocas, o uniéndose unas a otras por la valva inferior unas veces, y otras agarrándose a las raíces de los árboles de las orillas, o sueltas, que es el caso menos frecuente. Para que adquieran las dimensiones convenientes deben pasar unos tres años. El agua que recogen entre sus valvas permiten que se puedan transportar vivas a grandes distancias.

Las mejores ostras son las inglesas y holandesas, especialmente las de Ostende, en este último país. La pesca en Francia se hace desde Setiembre hasta Abril, porque en estos meses están más gordas y se conservan mejor. Las hay blancas y verdes, siendo éstas últimas las más delicadas. Al escogerlas se deben preferir las de medianas dimensiones, que tengan la carne apretada y fresca, el manto abierto y la parte inferior de las valvas revestidas de una capa calcárea, dura y lisa. Una de las señales para conocer si las ostras están frescas, circunstancia que se debe exigir siempre cuando se hayan de comer, es la abundancia de agua que baña al animal en el momento de quitarle la valva superior, la cual debe estar limpia y no tener ningún olor, presentando un gusto salado agradable. La vitalidad se reconoce por la resistencia que presenta el molusco cuando se trata de abrir sus valvas. Si hecho esto, se vierten una ó dos gotas de limón ó vinagre sobre los bordes

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

# EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la  
boca, suprime  
instantáneamente  
y para  
siempre los

# DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna sustancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La *Opíata anaranjada de Suez*, asegura su blancura sin ningún peligro. — El *Vinagrillo lácteo de Suez*, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse. — **Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París.** Madrid: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93. — Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

## PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.  
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.  
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel Garcia, Atocha, 45 y 47, Madrid.

## Novísimo Año Cristiano y Santoral Español

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rívaldeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

## AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de THONET hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

de la ostra, y se observa que repliega ésta el manto inmediatamente, es señal de que está viva.

Contiene la ostra 14 por 100 de materia azoada, y 1,5 por 100 de sustancias grasas. La carne se digiere pronto, siendo muy aperitiva, y alimenticia, y conviniendo lo mismo á los que están sanos que á los enfermos.

Se comen las ostras crudas, sin más aderezo que el agua de mar que contienen, ó bien poniéndolas un poco de pimienta ó jugo de limón. Cocidas se vuelven duras é indigestas; pero así y todo se consumen en gran cantidad, bajo esta preparación, en los Estados Unidos de América.

Por causas no tan conocidas, pero que se atribuyen á los fenómenos de la freza y la reproducción, las ostras cogidas desde Mayo á Octubre suelen producir efectos purgantes, por cuyo motivo lo mejor es abstenerse durante dichos meses.

Se venden á veces ostras *cobrizas*, es decir, ostras de las que han permanecido mucho tiempo agarradas á los forros de cobre de los buques. El uso de estos moluscos puede ocasionar graves daños á la salud. Se distinguen estas ostras de las verdes comunes en que su color, aunque verde también, es de la intensidad del de la malaquita y ligeramente opalino, mientras que el de las otras ostras es de un tinte marino traslucido. Tienen las primeras, además, un gusto acre y un sabor astringente muy pronunciado. Al abrirlas con un cuchillo, la hoja se recubre rápidamente de una capa rojiza de reflejos dorados, que por frotación adquieren en seguida el aspecto metálico. Si se introduce una aguja de coser en las partes verdes del animal y se vierte en seguida vinagre puro en cantidad bastante para sumergirlo, la parte clavada de la aguja se recubre de una capa roja de cobre en el breve espacio de treinta segundos. Asimismo, si se vierte amoniaco puro sobre la carne del molusco, toma ésta un color azul oscuro, que es el del cobre amoniacal, y si en vez del amoniaco se vierte vinagre ó jugo de limón, toman las ostras un color verde, que basta para advertir los peligros á que se expone el que trata de comerlas.

Son objeto también de mucho consumo las almejas, de entre ellas la común (*Mytilus edulis*), que es frecuentísima en nuestros mares. Se pesca más generalmente desde Setiembre á Mayo, y se distingue, entre otros caracteres, por su color pardo azulado. Este alimento es agradable, aunque no muy exquisito. Deben escogerse las almejas vivas, llenas de agua y con un color blanco ligeramente amarillento. Se comen cocidas casi siempre, aunque no falta quien las tome crudas. Lo mismo que sucede con las ostras pasa con las almejas, esto es, que en cierta época del año, de Mayo á Setiembre, en cuyo tiempo tienen lugar los fenómenos de generación y reproducción, pueden causar indisposiciones graves. Como medida de precaución, es bueno siempre sumergirlas en agua clara durante cinco ó seis horas, renovando el líquido con frecuencia. También es bueno añadir un poco de vinagre para hacer más eficaz esta operación, que tiene por objeto separarlas de las sustancias dañosas.

Esta clase de moluscos se agarran también, como las ostras, á los forros metálicos de los buques, im-

pregnándose de partículas de cobre, con lo cual pueden producir envenenamientos al ser comidos. Los individuos que han vivido en estas condiciones pueden reconocerse por los mismos medios que se han indicado al hablar de las ostras.

Es una especie muy apreciada por su sabor el dátil de mar (*Mytilus litophagus*). Su gusto trasciende algo á la pimienta. Abunda esta almeja en las Baleares.

En algunos países del extremo Oriente, sobre todo en China y Cochinchina, se ponen á secar las almejas después de quitadas las valvas, y se hacen con ellas conservas que se guardan en sitios secos, hasta que se sacan para comerlas. Generalmente se guisan estas conservas con arroz y otros alimentos poco abundantes en ázoe.

Los demás moluscos acuáticos que son objeto de consumo sólo suelen comerse en los puertos de mar. Figuran entre ellos el pulpo (*Octopus vulgaris*), del que se come sólo la carne de los individuos jóvenes. Así y todo, es muy basta. Se pesca en el Mar Rojo, en la China y el Japón y en varios puntos del Mediterráneo. En Grecia se sala y se conserva para comerlo los días de ayuno. Los gustos cambian con el tiempo, á lo que parece, porque los romanos tenían el pulpo por un manjar muy delicado.

Se pesca también bastante en el Mediterráneo el pulpo almizclado (*Eledon moschatus*), que se distingue por un fuerte olor de almizcle. Su carne es coriácea.

De los calamares, que tanto abundan en las aguas de nuestra costa, se pescan con bastante abundancia tres especies: el calamar común (*Loligo vulgaris*), el gran calamar (*L. sagittata*) y el calamar pequeño (*L. media*). Estos moluscos se suelen guisar con su propia tinta, que tiene un ligero sabor estíptico muy agradable.

En la lista de los moluscos terrestres comestibles no figura más que el caracol común ó de las viñas (*Helix pomacea*), que se consume en grandes cantidades. Suele tomar algo la carne de este animal de la naturaleza de las plantas de que se nutre, por cuya razón se debe observar su régimen alimenticio. Se han indicado casos de envenenamiento producidos por caracoles recogidos en las hojas del *Rhus myrtifolia*.

Los mejores caracoles son los adultos. Antes de guisarlos se les deja sin comer unos días para que evacuen el tubo digestivo, y después se les lava varias veces con agua y vinagre para que desprendan la mucosidad y sustancias extrañas que suelen tener.

En varias naciones de Europa se recogen los caracoles en una especie de parques que, ó bien están rodeados de una zanja llena de agua, ó bien de una pared de dos ó tres metros de altura, terminada por una pequeña reja, cuyas varillas terminales están encorvadas hacia dentro para que los caracoles no se escapen. En estos parques abundantes en yerba se mantienen dichos moluscos hasta que se sacan para llevarlos al mercado.

Parece que el origen de estos viveros se remonta á la época romana.

## ADVERTENCIAS

En todos los números repartimos ya á los suscritores los correspondientes de la RIQUEZA DEL HOGAR.

De los seis números anteriores de esta Revista no se ha podido hacer edición especial, de modo que tiene una cabeza distinta, bastante menos artística por cierto que la de nuestro Suplemento. Sin embargo, los suscritores que deseen poseerlos números pueden avisarnos y los recibirán al mismo precio que el Suplemento.

Perseveramos en la idea de mejorar este ensayo, si vemos que el público nos ayuda y nos favorece, sobre todo las madres de familia, á las cuales va dedicado.

La experiencia de los años que cuenta de vida LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, nos ha hecho ver los inconvenientes que tiene el cerrar los tomos en Junio, siguiendo el año civil en vez del año usual.

Para ponernos en esta marcha regular, el tomo corriente, que es el VI, se prolongará hasta Diciembre, comenzando el tomo VII con el año venidero de 1884.

## JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚMERO 37

El que malas mañan há,  
tarde ó nunca las pierde.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid